



# **A propósito de Calasanz...**

José Pascual Burgués

**José Pascual Burgués**

# **A propósito de Calasanz...**

 **EDICIONEScalasancias**  
[www.edicionescalasancias.org](http://www.edicionescalasancias.org)

A propósito de Calasanz...  
Autor: José Pascual Burgués



Publicaciones ICCE  
(Instituto Calasanz de Ciencias de la Educación)  
Conde de Vilches, 4 - 28028 Madrid  
[www.icce.es](http://www.icce.es)

Responsable del equipo de traductores: P. José Pascual Burgués  
[publicaciones@scolopi.net](mailto:publicaciones@scolopi.net)

Reservados todos los derechos.  
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# **A propósito de Calasanz...**

# Índice

Introducción .....	7
Los dos Calasanz .....	11
El principio de “interpretación a posteriori”, clave para entender a Calasanz .....	15
Sueños y visiones de Calasanz .....	21
Calasanz conoce cosas ocultas y predice el futuro .....	27
Calasanz lleva a cabo curaciones milagrosas, antes y después de su muerte .....	35
El mal (el demonio), opuesto a Calasanz .....	49
La conversión de Calasanz .....	55
La fascinación de Calasanz .....	59
Sombras de Calasanz .....	65
Calasanz y la belleza .....	69
A modo de conclusión .....	73



## Introducción

El P. Gabriel Bianchi, que fue secretario de Calasanz en los difíciles años 1645 y 1646, escribió una *Vida del Ven. Siervo de Dios José de Calasanz* en 1681<sup>1</sup>. En la introducción, dirigida “A los MM. RR. PP. Clérigos Regulares Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías” escribe lo siguiente:

*“Sintiéndome muy agradecido entre todos los demás hacia nuestro V. P. José Calasanz de la Madre de Dios, Fundador y primer General de nuestra Religión, por haber tenido la suerte de conocerlo durante mucho tiempo en Roma, y de haberle servirlo finalmente por espacio de tres años de secretario en su habitación, y de ayudarle continuamente en sus grandes penalidades, con las que Dios al final de su vida lo purificó como el oro en el crisol, para colocarlo más tarde en el eterno tesoro del cielo. No sabiendo cómo corresponderle, pensé que no estaría fuera de propósito dedicar un poco de tiempo y esfuerzo a la mayor gloria de Dios y en servicio de nuestro propio Venerable Padre ofreciendo al mundo y a VV. RR. en particular, una especie de esbozo de las virtudes singulares de este gran siervo de Dios, que dentro del cofre de su pecho tenía tantas gemas preciosas escondidas, para escapar de la jactancia.*

*Y aunque sé que otros autores serios con plumas más altas las han mostrado más ampliamente, todavía sé que la gran bondad de nuestro Venerable Padre apreciará mi afecto piadoso en la sencillez de mi estilo, como la elocuencia de los que emprendieron esta digna empresa. No intento sino narrar simplemente lo que personas dignas de fe me han contado, y en*

---

1 Reg. Cal. 91.

*particular lo que he oído repetidamente de esa boca bendita del mismo N. V. P. Fundador, y lo que con mis propios ojos he visto y observado mientras he estado a su servicio en Roma. Por lo mismo que espero que el esfuerzo que he hecho complacerá a nuestro Ven. P. Fundador, como hecho por su secretario y afectuoso servidor, estoy seguro de que VV. RR. lo apreciarán como sus hijos religiosos, y mis hermanos en Cristo, a quienes de todo corazón no sólo ofrezco y dedico la obra, sino también a mí mismo, declarándome de todos Ustedes,*

*en Génova, en las Escuelas Pías del Ángel de la Guarda,  
el 9 de enero de 1681*

*siervo muy humilde e indigno,*

*Gabriel de la Anunciación”.*

A diferencia del P. Bianchi, yo no he tratado personalmente con nuestro Fundador. Pero, a semejanza suya, yo también puedo decir que he estado tratándole durante años en esta casa de San Pantaleo. Primero preparando la edición de la *Opera Omnia*, revisando y a veces traduciendo los miles de cartas y otros documentos de Calasanz que hemos dado a la luz en 2019. Después, haciendo la transcripción y traducción de las 17 *Primeras Vidas de S. José de Calasanz*, trabajo completado en 2021. Para mí esta tarea ha supuesto un esfuerzo, pero también un privilegio. A los 65 años y más he aprendido muchas cosas sobre nuestro Fundador gracias a esta cercanía privilegiada. Y, siguiendo el ejemplo del P. Bianchi, yo también me siento moralmente obligado a compartir con mis hermanos algunas de las cosas que he ido aprendiendo sobre él. Como también dice él, sé que “otros autores serios con plumas más altas” han escrito sobre el tema. Yo solo pretendo ofrecer algunas impresiones subjetivas (basadas, sin embargo, en lecturas muy objetivas de los textos a nuestro alcance), esperando que algunos hermanos escolapios sabrán apreciarlas, y otros se sentirán empujados a completar y superar lo que yo escriba. Al fin y al cabo, nunca se habrá dicho “todo” sobre Calasanz, porque el paso del tiempo, con sus nuevas perspectivas, enriquece la lectura que podamos hacer de su vida y su obra.

Haré mi presentación en varios capítulos independientes, conteniendo cada uno de ellos algún aspecto que me ha llamado la aten-



ción y quiero comentar. Algunos serán más “técnicos”; otros, más “espirituales”, esperando que cada lector encuentre algo que le interese más. Es evidente que no pretendo escribir una nueva biografía del santo, ni un estudio de su espiritualidad; mi objetivo es mucho más sencillo. Solo pretendo escribir una obrita que ayude, tal vez, a mirar con ojos nuevo a Calasanz. Y, de este modo, dar motivos para un amor más profundo a su persona, y un agradecimiento mayor a Dios, que le llamó (y luego nos llamó a nosotros) a servirle en las Escuelas Pías. Quizás mi obrita, como la del P. Bianchi, no sea considerada digna de publicación y, como la suya, quede por algún archivo digital... Pero no importa: la intención era buena, y yo he crecido al escribirla.

*José P. Burgués Sch. P.*

*2022*



## Los dos Calasanz

Muchos han presentado ya la vida de Calasanz dividida en dos partes: el primer Calasanz, de España, y el segundo, el de Roma (a partir de 1592). O a partir de la fundación de las Escuelas Pías (1597). O a partir de la fundación de la Congregación Paulina (1614). Yo prefiero emplear otro criterio: uno es el Calasanz “expresado”, el que se manifiesta en sus miles de cartas y otros documentos preciosamente conservados; otro es el Calasanz “percibido”, el que contaron y transmitieron quienes le conocieron y convivieron con él, quienes oyeron sus historias, y luego lo transmitieron a la generación siguiente. El primero es el que se muestra en la *Opera Omnia*; el segundo es el que nos transmiten sus primeros biógrafos.

Aclararé de entrada, que no hay contradicción entre ellos, ¡que nadie se asuste!, pero diré también que, recorriendo toda esa amplia documentación, uno tiene la impresión de encontrarse ante dos personas distintas. Confieso que yo, tras haber preparado la edición de la *Opera Omnia*, y haber leído no pocas biografías críticas de Calasanz, había llegado a la conclusión de que Calasanz era “uno de nosotros”, seguramente más generoso y más virtuoso, pero también con sus defectos o sombras (que mostraré más adelante). Un hombre bueno que estaba en el momento oportuno en el lugar adecuado para llevar a cabo la misión que Dios le iba a encargar, la fundación de las Escuelas Pías. Haciendo saltos en el tiempo, llegué a pensar que otros dignos escolapios que yo he conocido puestos en su lugar habrían hecho lo mismo (contando con la misma ayuda de Dios). Y que incluso él, puesto en nuestros días, no se distinguiría mucho de muchos buenos escolapios que yo conozco. Es decir, que Calasanz era otro santo escolapio más, que solo sobresalió de los demás por la tarea tan especial que le tocó llevar a cabo, con tanto sufrimiento y entrega.

En cambio, después de leer las primeras biografías, y en particular las declaraciones juradas de los testigos, gente de toda confianza (no tenían por qué mentir), llegué a la conclusión de que Calasanz era un hombre extraordinario, un “super héroe” de la vida real, desde su tierna niñez, capaz de predicciones, de curaciones en vida y después de muerto, que superan con creces la capacidad de los buenos escolapios. Este Calasanz “percibido” me turba, porque escapa a la cuadrícula de mi razón: ¿Cómo entender, cómo aceptar no ya opiniones, sino hechos que escapan a toda capacidad humana? Ciertamente que el Calasanz “expresado” no me basta, pero ¿hasta dónde puedo aceptar al “percibido”, al narrado por quienes le conocieron?

Y no se trata de una pregunta banal, sino que tiene consecuencias prácticas: yo también he “conocido” a Calasanz, y tengo la obligación moral de transmitirlo a otros que no le conocen, o solo por encima. ¿Qué Calasanz debo transmitir, el expresado o el percibido? Seguro que los adultos formados y enterados esperan profundizar en el primero; los niños y la gente sencilla aceptarán más fácilmente el segundo. ¿Cómo no engañar a los unos ni a los otros, cómo transmitir una imagen correcta de Calasanz que ni siquiera yo poseo?

Estamos, probablemente, en esa frontera borrosa en la que se lleva a cabo la transmisión de la fe. Los discípulos de Jesús de Nazaret transmitieron a la generación siguiente “la imagen” y “el mensaje percibido” de Cristo, que ha llegado hasta nuestros tiempos. Con interpretaciones y añadidos, con aclaraciones y raspados, pero ahí está nuestro Jesús, válido y nuevo como el primer día, y dispuesto a ser transmitido, con los cambios necesarios, por generaciones sin fin.

Por suerte estos dos Calasanz a veces convergen maravillosamente, y nos quitan toda duda sobre los hechos y carácter de Jesús. Voy a poner un ejemplo. En la carta 0148 que Calasanz escribe desde Cárcare (a donde había ido para inaugurar aquella fundación y visitar la de Savona, fundada poco antes) el 19 de abril de 1623 al P. Juan García del Castillo, que había quedado como superior en San Pantaleo durante su ausencia, le dice:

*“En estos días, con la ayuda del Señor, hemos hecho hacer la paz a los principales de esta población, que estaban con tanto odio y peligro de venir a las manos de un momento a otro que el Sr. Gobernador, D. Pedro de Toledo, que está en Finale, cuando*

*se enteró dicen que se fue a su Oratorio y de rodillas rezó el Te Deum laudamus. Después de la paz he invitado a todos a comer con nosotros dos días de fiesta para estrecharles a todos en la unión con alegría grande y satisfacción común. Han enviado primero tantos víveres, que se ha podido hacer cumplidamente. El Señor se complazca en conservar la dicha paz y unión”.*

El P. Alessio Armini, uno de los primeros biógrafos serios de Calasanz, en su *Vida Breve* (1693) escribe:

*“Se encontraba en el mes de abril del año 1623 en la tierra de Carcare, en el marquesado de Finale, a donde se había trasladado para visitar esa nueva fundación de su piadoso Instituto, junto con la de Savona, y se enteró de que entre los principales de esa tierra reinaba una ardiente enemistad, por lo que toda la gente estaba envuelta en hechos de odio tan cruel que existía el peligro de que llegaran a las manos. El Siervo de Dios José con su celo habitual trabajó de tal manera con exhortaciones y documentos sagrados que los apaciguó y redujo los espíritus a la verdadera paz y armonía, y en su presencia, derramando todos lágrimas de arrepentimiento, se abrazaron, y perdonándose mutuamente las ofensas unos a otros, se reunieron en paz verdadera y perpetua. Llegada la noticia de este hecho al oído de Don Pedro de Toledo, Gobernador de Finale, se retiró a su oratorio, postró sus rodillas en el suelo, en acción de gracias a Dios, y recitó devotamente el Te Deum Laudamus”.*

Acontecimiento que, en términos parecidos, narra también el P. Eugenio Orlandi en su *Vida* (hacia 1700). Naturalmente, ni Armini ni Orlandi se enteraron de lo sucedido por haberlo oído contar: posiblemente tenían a mano la carta misma de Calasanz, de la que copiarían los datos necesarios. Los primeros biógrafos (o hagiógrafos) escribían de Calasanz lo que habían oído contar, pero a medida que pasan los años van utilizando más a menudo la documentación que tienen a mano: sermones, declaraciones juradas, y algunos otros materiales escritos, conservados en el archivo general. Hay que tener en cuenta que las cartas de Calasanz estaban desparramadas entre sus destinatarios hasta que el P. General Giovanni Francesco Foci envió una circular a todas las casas de la Orden mandando en virtud de santa obediencia que remitieran a Roma todas las cartas del fundador que tuvieran, para hacer avanzar el proceso de su beatificación. Muchas de esas cartas llegaron pronto; otras han tardado

más en llegar; otras siguen dispersas o perdidas. Son un material precioso, junto con el de otros muchos documentos, para reconstruir la imagen “expresada” de Calasanz. De él se han servido nuestros historiadores “serios” para ofrecernos una imagen de nuestro Santo Padre.

## **El principio de “interpretación a posteriori”, clave para entender a Calasanz**

Creo que hay que emplear este principio hermenéutico para tratar de entender un poco mejor a Calasanz. Es un principio que yo apoyo en la propia experiencia: a veces no entendemos el significado y la relevancia de ciertos acontecimientos ocurridos en nuestra propia vida (o en la ajena) hasta mucho después. Voy a poner un ejemplo concreto de nuestra historia, para que se entienda lo que quiero decir. Los primeros escolapios, de Vasconia, llegaron a Japón en 1950, enviados según el deseo del Capítulo General de 1947, cargados de ilusiones. Se esforzaron lo indecible para poner en pie unas pocas obras que constituyeron la primera presencia misionera escolapia. Un viento de prosperidad económica benefició a Japón en las últimas décadas del siglo XX, del que se beneficiaron también nuestros hermanos. Se esforzaron también por conseguir vocaciones nativas, pero, aunque tuvieron algunos novicios, ninguno llegó a profesar. En esto el viento no fue tan favorable. Iban ahorrando (a base de los buenos salarios cobrados como profesores en el Kaisei) para cuando tuvieran que pagar los estudios de sus futuros juniors. Como no había juniors, los ahorros se iban acumulando... hasta que a finales de siglo los Superiores decidieron crear la Delegación General de Japón y Filipinas, con la intención (simplificando) de que Filipinas apoyaran con vocaciones a Japón, y Japón apoyara con dinero a Filipinas. Y de este modo aquel dinero ahorrado sirvió para financiar la implantación y el desarrollo de las Escuelas Pías en Filipinas, y desde Filipinas a otros países del sudeste asiático. Un escolapio de Japón podría pensar en 1990 que todo su esfuerzo aho-

rrando dinero y todas sus ilusiones por las vocaciones japonesas habían resultado en vano. Un escolapio de 2020 ve claramente que la providencia de Dios había estado preparando la expansión de la Orden en el este de Asia, a pesar de (o precisamente gracias a) no haber vocaciones japonesas. Media docena de escolapios japoneses podrían haber sido muy útiles para consolidar nuestras obras en su país, pero tal vez, sin el apoyo financiero japonés, la implantación y expansión en Filipinas no habría sido posible.

Y ahora voy a dar un salto (sin red) a la vida de Calasanz, para aplicar el mismo principio interpretativo. Los historiadores críticos de Calasanz han dado diversas razones para explicar la ida de Calasanz a Roma, cuando se encontraba en una situación relativamente cómoda en su diócesis de Urgel. La explicación más común es que iba en busca de una canonjía. Hay quienes dicen que tal vez fuera a cumplir alguna comisión de parte de su obispo. O que, quizás solo tenía ganas de conocer la capital de la cristiandad, y otros lugares santos italianos (Loreto) haciendo una peregrinación piadosa, como tanta gente ha hecho antes y después. Y ciertamente estos historiadores tienen documentos en que apoyarse. Las cartas a Mosén José Teixidor, párroco de Peralta, en la que le comenta sus andanzas. En la carta 0003 (16.5.1592) le dice:

*“Pretendí luego de llegar un Canonicato de Urgel y me favoreció muy de veras el secretario del Embajador de España y por medio de un Camarero secreto del Papa<sup>2</sup> me obtuvo la gracia de dicho Canonicato, y lo tuve sin saberlo más de quince días. Pero el Datario, por ser nuevo yo en la corte, de ninguna manera quiso que fuese proveído por esta vez, ofreciéndome que en la primera ocasión me haría merced. Lo sintió mucho el secretario y aun el Camarero, y han propuesto que en cuanto tengan aviso de alguna vacante, han de salir con su intento. Yo confío que, si hay algo vacante y tengo noticia de ello, que por falta de favor no lo perderé, porque además de estos me hace mucha merced el mayordomo del Papa por medio de un fraile cartujo amigo mío y pariente suyo”.*

---

2 Precisamente el futuro Cardinal Francisco Dietrichstein, que luego llamaría a los escolapios a Nikolsburg, primera fundación en Europa Central. ¡Hay que ver las vueltas que tiene la madeja de la historia!



En la carta 0004, del 25.11.1592, escribe:

*“A mis sobrinas de la casa de Pere Ferrer deles saludos de mi parte, y a mi hermana y sus hijas, y dígalas que deseo mucho volver pronto a España por poderles ayudar en lo que tuvieran necesidad, y que tengo mucha confianza en ser proveído pronto”.*

Y cuando, por fin, consigue la canonjía de Barbastro, hace todo lo posible por asegurarla, como escribe al mismo Mosén Teixidor en la carta 0006 del 27.09.1594:

*“Con el presente ordinario he enviado a Pere Joan Blanch, mi cuñado, un monitorio del Auditor de la Cámara para que se me dé posesión de un Canonicato que vacó en la catedral de Barbastro el pasado marzo por muerte del Dr. Jaime Espluga. Deberá presentarse al Capítulo, el cual, según yo creo, le dará enseguida la posesión. Y porque es necesario que sea eclesiástico el que la tome, me hará V. M. un favor si mi cuñado se lo pide, de acompañarle a dicha ciudad y hacerle a él y a mí la merced que siempre ha hecho ayudándole y encaminándole en cuanto fuere posible, como yo de V. M. en particular me fío, y cuando Dios quiera que yo vuelva a esa tierra le agradeceré y pagaré todas estas buenas obras y mercedes a V. M.”.*

Las intenciones de Calasanz están muy claras. Sin embargo, cuando de verdad llegaron las canonjías (el cuadro de la sacristía de Sevilla es una prueba), e incluso obispados y hasta tal vez, como dicen algunos, el cardenalato, José lo rechazó, porque “había encontrado en Roma...”.

Siendo ya de muchos años, Calasanz contaba algunas vez a los novicios, o a sus acompañantes más próximos, o en momentos de recreación, algunos acontecimientos de su vida en España con una finalidad moralizadora: su visita a los pueblos de los Pirineos, con los apuros que pasó; algunos episodios gloriosos, tal vez exagerados después por quienes los transmitieron a otros, como el burro extraído del lodazal (“hay que poner nuestras fuerzas al servicio de los demás”), o el arreglo pacífico entre dos familias, una de las cuales había raptado a una joven de la otra, que iba a casarse (“no temer, cuando podemos evitar con nuestra acción mayores pecados”), e incluso el acontecimiento de la tentación de la señora de Valencia (“hay que hacer todo lo necesario para conservar la castidad”), o de su enfermedad y voto de hacerse sacerdote. No debió hablar, en cambio,

de otros acontecimientos anteriores, como del desafío al demonio en un árbol (¿olivo? ¿higuera?) que narró un compañero suyo, José Musquez (¿Marquet?...), en la sacristía de San Pantaleo cuando Calasanz acababa de morir, o como la admiración despertada entre sus compañeros cuando estudiaba en la universidad de Lérida, según la deposición de otro compañero suyo, Mateo García. Tanto él como Musquez eran respetables sacerdotes ancianos, y dignos de toda fe.

Pero Calasanz no debió hablar nunca a sus religiosos de sus esfuerzos para conseguir una canonjía. Entre los primeros biógrafos de Calasanz, tan solo el P. Armini (1693) y después de él Orlandi (1700) y Bartlik (1702) hablan de la canonjía de Barbastro. Así lo cuenta el primer autor:

*“En el año 1594, dos años después de su llegada a Roma, le ofrecieron una canonjía de la catedral de Barbastro en el reino de Aragón, la ciudad más cercana a Peralta de la Sal su patria, por la muerte del Doctor Santiago Espluga, pero pronto renunció a ella a favor del Doctor Pedro Navarra, estando ya enamorado de las muchas obras piadosas de Roma, a las que se dedicaba diariamente con gran amor por su salvación y la de sus prójimos”.*

Pero esta noticia no viene de la tradición oral. Cuando el P. Luis Cavada y el P. Gabino de todos los Santos, llegaron a Barbastro en 1677 llamados para fundar allí el primer colegio escolapio de España, fueron invitados por parientes todavía vivos de Calasanz a pasar a Peralta, para establecer allí otra fundación (que se llevaría a cabo en 1695). De su paso por Peralta el P. Cavada se llevó las cartas escritas a Mosén Texidor, como escribe el P. Picanyol (*Epistolario I*, p.26). Las cartas pasaron primero a Cagliari, y hacia 1690 desde allí enviaron una copia autenticada al P. A. Armini.

Loa autores anteriores, que no conocieron las cartas, no podían saber nada de las canonjías deseadas por Calasanz. Lo que Calasanz contó a los suyos próximos fue su sueño de la llamada a ir a Roma. Y así lo entendió y escribió el P. Vicente Berro (en 1664), uno de sus primeros historiadores:

*“Determinó nuestro Calasanz, o mejor, la Divina Majestad puso en su corazón un gran deseo de dejar las Españas y venir a Roma, por lo que se despidió de parientes y amigos, y renunció a las cargas que tenía en aquellas partes”.*

De manera más dramática lo escribe el P. Pietro Mussesti, que conoció y trató a Calasanz (1665):

*“Dios, que quería servirse de D. José como había decretado desde la eternidad, le puso en el ánimo el deseo de partir de España cuando se encontraba más inmerso en sus ocupaciones. Ya había estado cerca de siete años en los cargos supradichos, y cuando él menos pensaba dejarlos, se sintió invitar por cierta voz interior a venir a Roma. La cual voz, insistiendo en llamarlo, parece que le decía: “José, ve a Roma, ve a Roma”. Él se maravillaba entre sí y resistía a este deseo diciendo: “¿Qué tengo que hacer yo en Roma? Yo no pretendo nada, así que ¿por qué quiero meterme a hacer este viaje?” Con todo, tenía fijo en su ánimo el pensamiento de Roma, y era tal la fuerza de visitar estos santuarios que incluso durmiendo no dejaba de pensar en ello. Con un maravilloso sueño que por entonces no entendió, Dios le mostró lo que quería de él en Roma, porque le pareció encontrarse en dicha ciudad en medio de una muchedumbre de jovencillos incultos, y que como maestro les enseñaba con mucho esfuerzo el camino de la virtud y del temor de Dios. Comunicó este deseo a su obispo, a quien es de suponer que le desagradaría mucho privarse de un tal vicario, y que haría todo lo posible para impedir que se fuera, pero los humanos designios no pueden impedir lo que está determinado en el cielo. Finalmente, tras aconsejarse maduramente con sus padres espirituales y primero con Dios, partió de España, y siguiendo la divina inspiración emprendió el viaje hacia Italia y Roma”.*

En términos similares, con un desarrollo más o menos amplio, escriben lo mismo Soto Real (1675), Chiara (1678), Maggi (1680), Bianchi (1681) y Marchesi (1685). Lo curioso es que incluso Armini, Orlandi y Bartlik, que mencionan el asunto de la canonjía en Barbastro, no lo asocian con su ida a Roma. Dice el P. Orlandi (que fue secretario de Calasanz un tiempo):

*“No habían pasado muchos años después de que José había recibido el sacerdocio, casi siempre ocupado en los cargos honrosos mencionados, pero no le parecía que su corazón estuviera tranquilo, pues sentía como una voz interior diciéndole “Ve a Roma, ve a Roma, José”, y poniéndose a reflexionar seriamente sobre ello, lo reconocía como un impulso superior debido a la perseverancia y vehemencia del mismo en el tiempo, máxi-*

*me porque se refería a los misterios más divinos. Por lo tanto, resolvió, con el asentimiento de su padre espiritual, obedecer la voz de Dios; remitió al obispo de Urgel el cargo de vicario general con gran disgusto de aquel prelado, por la pérdida que sufría de tan excelente ministro”.*

Esta es la versión que Calasanz contaba a quienes tenían la suerte de oírle, porque no solía hablar mucho de sí mismo. Es decir, años más tarde comprendió que esa había sido la verdadera razón para su venida Roma. Lo de la canonjía u otras posibles comisiones fueron simples medios usados por la divina providencia. Como lo fue, precisamente, la no obtención de la canonjía y el no regreso a España según su deseo, como él había escrito años antes. Creo que podemos afirmar, pues, que Calasanz vino a Roma porque Dios le había llamado (mediante un sueño, una intuición, o cualquier otro medio) a fundar las Escuelas Pías, aunque él no tenía ni idea de ello cuando tomó el barco en Barcelona hacia Italia a principios de 1592. De la misma manera que los escolapios que llegaron a Japón en 1950 no sabían que Dios los quería allí para la futura expansión de la Orden en el Sudeste Asiático.

## Sueños y visiones de Calasanz

Ya hemos anotado más arriba el famoso sueño de Calasanz en España, cuando oye la llamada interior a ir a Roma. El sueño es un género literario común en la Biblia. Por medio de él a un determinado personaje se le manifiesta un mensaje de la divinidad. Sin querer detenerme en ello, mencionaré de pasada los sueños de San José en el evangelio de Mateo, para que acepte a María como esposa y para que lleve a la madre y al niño a Egipto. O el sueño de Pedro en los Hechos para que acepte a Cornelio entre los cristianos, o el de Pablo para que pase a Europa. En el antiguo testamento son famosos los sueños de José, que comprometen su vida, así como su interpretación de los sueños ajenos que le sirven para su promoción. Y no olvidemos a otro gran intérprete de sueños, Daniel. Íntimamente asociado a este género está el de las apariciones. Si el sueño se produce mientras el receptor duerme, la aparición se produce cuando está despierto. Y aquí también la Biblia es rica en este tipo de fenómenos. Mencionemos la trascendental aparición del arcángel Gabriel a María y a Zacarías en el evangelio de Lucas, y las numeraciones apariciones angélicas, y hasta del mismo Dios en persona, a Moisés y a otros personajes del Antiguo Testamento.

No quiero entrar en la discusión de si se trata de fenómenos físicos o místicos; dejo eso a los especialistas. Yo constato simplemente que, en las biografías de Calasanz, aparecen, y que tienen gran importancia. Ni el mismo Calasanz ni sus confidentes sabían expresar de manera mejor un tipo de experiencias que ellos aceptaban como reales, al contar con tantos ejemplos bíblicos, por carecer de un lenguaje más apropiado. Por otra parte, este tipo de experiencias, que entran en el terreno de la fe, son difíciles de expresar para cualquiera de nosotros (¿quién no ha tenido en su vida algún tipo de expe-

riencia mística, que no sabe cómo expresar con precisión? Incluso un gran poeta como Juan de la Cruz se queda balbuciendo...).

El P. Maggi cuenta que:

*“Mientras se preguntaba a menudo para qué le quería Dios en Roma, vio una multitud de niños, que lanzaban piedras con hondas, hacían aquí y allá mil actos indecorosos, y asustaban a los que pasaban. Y entonces oyó una voz que le decía: ‘Mira, mira, José’. Y entonces comenzó a pensar y a dudar si acaso Dios quería que educara aquellos niños en las buenas costumbres. Después de verlos, y sin oír nada más, vio en un sueño que los niños acudían en grupos a él para que les educara en el amor y temor de Dios, y en los rudimentos de la fe”.*

Además del sueño citado de Calasanz en España, y de la “visión” de los niños pobres de Roma, invitándole a crear las Escuelas Pías, Calasanz tiene otras visiones o sueños, relacionadas con la opción por la vida religiosa y sus tres votos, y más particularmente con la suma pobreza. Tanto Bau (Biografía crítica, 250 ss.) como Giner (San José de Calasanz, 381 ss.) tratan ampliamente estos fenómenos. El P. Armini, en su Vida breve, escribe:

*“También fue a Asís para la indulgencia de la Porciúncula, y allí fue favorecido por Dios, como lo atestigua con su auténtica certificación monseñor Claver, Obispo de Potenza, con dos apariciones que el seráfico San Francisco le hizo. En una el santo le mostró la gran dificultad que se tiene para ganar la indulgencia plenaria, y si bien el P. José dijo que la tenía por una iluminación que había recibido, no supo cómo explicarla. En la otra, el Padre seráfico lo casó con tres doncellas, que significaban y representaban los tres votos de obediencia, castidad y pobreza”.*

De manera similar narran el suceso Chiara, Marchesi, Maggi, refiriéndose siempre a la declaración jurada del obispo Buenaventura Claver, quien dijo que se lo había revelado el mismo Calasanz. Marchesi desarrolla algo más la aparición de la Pobreza:

*“El caso sucedió así: le aparecieron en un sueño una noche tres hermosas doncellas, una de las cuales, con lágrimas y suspiros le pidió ayuda, y él le preguntó qué mal, o qué desgracia le había ocurrido para llorar tan amargamente, y cuál era su dolor. Ella le respondió: ‘¡Y qué mayor desgracia me puede*

*ocurrir que no solo todos se burlan de mí, sino que me odian y huyen de mí, de modo que no hay uno que me acoja y reciba de buena gana, que todos me rechazan con todas sus fuerzas!'. Movido a por ello el Padre, abrazó con fuerza a aquella doncella, la levantó en alto y la mostró a todos. Terminó así el sueño, pero no entendió el misterio entonces. Sucedió después de algún tiempo que en el mes de agosto fue a Asís para ganar la Santa Indulgencia de agosto, y para visitar esa santa iglesia en la que recibió el primer espíritu su San Francisco, del que era muy devoto, y cuando, después de haber ganado la indulgencia, oraba con suma devoción, le apareció el glorioso Patriarca con las tres mismas doncellas, y le dijo que eran los tres votos esenciales de las Religiones: pobreza, castidad y obediencia, pero sobre todo la pobreza, que era de la que se quejaba de que todos los hombres del mundo la aborrecían y huían de ella”.*

No cabe duda de que, en todos estos casos, sea cual sea su naturaleza, se trata de decisiones fundamentales por parte de Calasanz: venir a Roma, dedicarse a la educación de los niños pobres, hacerse religioso (creando una congregación específica), y optar por la suma pobreza. Se trata de decisiones tan importantes que parece que no se le pueden ocurrir a un simple mortal, y que por tanto deben venir de Dios, que se manifiesta de un modo u otro, ejerciendo una “douce violence” sobre él para que colabore en sus planes. Podrá discutirse la forma, pero en modo alguno puede discutirse sobre el contenido, puesto que los resultados están a la vista. Y aquí, como en todo lo relativo a la fe, tendremos que dejar un margen al misterio.

En la puerta de la habitación de Calasanz, entre otras cosas está escrito el texto que traducimos: “*A través de las grietas de esta fue visto muchas veces absorto el Santo en medio de esplendores y entre dos SS. Vírgenes que le hablaban*”. Tal como suena, uno se pregunta si una sería la Madonna dei Monti y la otra la Madonna de Loreto... pero si acudimos a las primeras biografías, encontramos otra explicación. La da el P. Marchesi. El curioso espía es el venerable Glicerio. Así nos lo escribe:

*“El otro fue que, pasando dicho Abad por la noche hacia su celda, vio a través de las grietas de su puerta salir un gran esplendor. Se acercó a ella, y colocó el ojo en la cerradura de esta y para su asombro vio un prodigioso favor que su Padre recibía entonces del cielo. Lo vio suspendido en el aire, rodeado de luz, a los pies de la gran Reina del Cielo, que se había apare-*

*cido con otras dos vírgenes, que no pudo discernir quiénes eran, y que la Virgen suavemente, como a cosa muy querida, con sus manos virginales le acariciaba, por lo que quedó inmóvil por el asombro, y después de ver y volver a ver tan precioso favor, considerándose indigno de contemplar aquella visión, se fue”.*

La aparición de la Madonna dei Monti a Calasanz en sus últimos días la narran varios de sus biógrafos. El P. Orlandi, por ejemplo, escribe:

*“Uno de los días en los que comulgó fue en la fiesta de la Asunción al Cielo de la Santísima Virgen, de la que recibió este señalado favor. Mientras estaba concentrado en sí mismo dando las debidas gracias a su Señor, la Virgen María se le apareció en la forma en que se venera su efigie en la iglesia de Nuestra Señora dei Monti, que le consoló, anunciándole su paso a la otra vida, y animándole a no temer, porque ella vendría en su ayuda. Y el mismo P. José dijo entonces a algunos Padres que le ayudaban y le exhortaban a no temer: “Debo tener confianza, porque la Santísima Virgen dei Monti me prometió su ayuda, y me dijo que estuviera contento, y no dudara de nada”.*

Famosa también en aquellos últimos días es la aparición que narra Calasanz de los escolapios difuntos. Así lo cuenta el P. Berro:

*“Se acercó a la cama el P. Constantino (Palamolla) y se saludaron con un gran afecto recíproco, pues eran muy amigos y conocidos desde antiguo. Poco después nuestro venerable Padre dijo: ‘Salgan todos, que quiero decirle algo al P. Constantino’. Los demás salieron, mientras el P. Castilla se quedó delante de la cama, y yo junto a la puerta. Entonces nuestro venerable Padre le dijo: ‘Han venido todos mis religiosos difuntos a visitarme; algunos estaban de pie, y otros sentados. Quisiera saber qué quiere decir esta diferencia: los unos de pie, los otros sentados’. El P. Constantino le preguntó: ‘¿Con quiénes estaba el P. Abad?’ ‘Con los que estaban sentados’, dijo nuestro venerable Padre. Entonces yo salí, y ya no sé más. Se dijo luego que faltaba uno, pero preguntándole yo a D. Constantino, nunca quiso responderme a esto”.*

El P. Maggi añade:

*“Vio que solo faltaba uno, quizás el que tantas molestias le causó. Comprendió que todos los demás habían sido admitidos a la vida eterna”.*



Como también tendremos que dejar un margen de confianza en lo relativo a las apariciones del mismo Calasanz a algunos testigos en el proceso de canonización. Si Calasanz tuvo visiones o sueños, ¿por qué no iba a ser capaz de usar los mismos medios para comunicarse con otras personas? Escribe el P. Bianchi:

*“Un sacerdote nuestro me dijo que, durmiendo una noche con poca modestia en la cama en el verano, le pareció ver en un sueño a nuestro V. P. José fundador, aunque nunca le había visto, como un viejo venerable, mientras aún vivía, que le miraba con cara de indignación como reprendiéndole por tan mala compostura, e inmediatamente despertó, y permaneció tan confundido y compungido que nunca más incurrió en tal falta”.*

El mismo P. Bianchi cuenta que, estando enfermo el P. Alacchi, *“poco más tarde el P. Melchor se quedó dormido un poco. Le pareció como en un sueño que, al caer de una gran roca a un gran precipicio, nuestro V. P. José vivo se le apareció y le detuvo diciéndole: ‘Deténgase, no quiero que muera por ahora’. Y así se curó rápidamente y levantado se arrodilló para dar gracias a Dios por el beneficio que había recibido”.*

Cuenta el P. Maggi que en Nápoles *“Un adolescente, llamado Buena-ventura de S. León, fue reprendido por el Maestro, quien le amenazó con expulsarlo de la Orden a no ser que cambiara sus costumbres. Él, por la noche, triste y dolido se encomendó a José ausente. De repente vio un resplandor, y oyó que José le hablaba, y tomándole con su mano la cabeza, le decía: ‘Ánimo, no temas’. Estas palabras le dieron tanto ánimo que dejó de estar triste, y le dieron fuerza para tolerar en lo sucesivo toda adversidad. También en Roma Juan Carlos (Caputi) de Santa Bárbara, que estaba en el noviciado, mientras estaba durmiendo en su habitación, oyó excitado a José decirle que saliera de su cubículo, porque era hora de llamar a cada puerta y dar la señal para ir a rezar”.*

El P. Marchesi cuenta la curación de un escolapio en Chieti, que se había herido con un cuchillo:

*“El P. Ángel de Sto. Domingo, que era Superior de esa casa, corrió a los gritos y, viendo el gran daño que se había hecho, recurrió a la intercesión de su P. Fundador, le sacó el cuchillo y puso sobre la herida un poco del yeso con el que se había hecho la máscara funeraria, que había traído a Chieti desde Roma, donde estaba cuando murió el Padre, y le vendó la herida. Él*

*se echó a la cama, e inmediatamente se durmió, y en un sueño le parecía ver el P. José, que le tomaba la mano herida, y se la apretaba fuertemente, y él a causa del dolor que sentía comenzó a gritar, y con los gritos se despertó, y ya no sentía dolor, por lo que se quitó la venda de la mano, y aunque encontró la cicatriz allí, ya tenía la mano curada, y no sintió más dolor”.*

El mismo P. Marchesi narra la aparición y curación de Marta Pace:

*“Cayó enferma hacia finales de junio del año 1649, y con una enfermedad tan violenta que pronto fue atacada por la fiebre y perdió sus fuerzas, y fue desahuciada por los médicos, y había perdido las fuerzas hasta tal punto de que no solo ya no podía dar la vuelta en la cama, sino que tampoco se podía llevar la mano a la boca. Ella era devota del P. José cuando estaba vivo, por lo que se puede creer que se le encomendaría de corazón. Una noche en la que ya estaba casi en tránsito, pues ni veía ni oía, alrededor de las seis sintió que le tiraban fuertemente del brazo izquierdo. Abrió los ojos y vio al P. José, que sostenía con una mano dicho brazo, y con la otra apuntaba a una imagen de la Santa Virgen y le decía: ‘Mira la piadosa imagen de la gran Madre de Dios, que ya te ha obtenido la salud. No morirás esta vez’. Y ella, mirando a aquella imagen devota que estaba delante de la cama donde yacía, oyó que le decía: ‘Ya te he conseguido el perdón de mi Hijo; no morirás, pero recuerda que debes enmendarte, y hacer una confesión buena y general de tus pecados’. La mujer mejoró en ese momento, y unos días más tarde estaba sana”.*

No menos sorprendente es la declaración del P. Agostino de San Carlos, escolapio de Savona, que fue avisado por Calasanz de que saliera de casa el día en que estalló el polvorín, y murieron seis religiosos al derrumbarse el convento en 1648 (¡ya podía haber avisado también a los demás!).

Tras estos hechos, y otros que dejamos de lado, podemos afirmar la importancia de las visiones y sueños, tanto en Calasanz como en quienes le conocieron, como expresiones de algún tipo de experiencia mística que las palabras no saben expresar mejor, entre otras cosas porque son fenómenos que se encuentran en el límite de los sentidos, en esa sutil línea que (apenas) marca la separación entre el conocimiento y la fe.

## **Calasanz conoce cosas ocultas y predice el futuro**

Quizás Calasanz poseía unas cualidades de percepción psíquica muy desarrolladas; quizás tenía fuentes de información desconocidas para la mayoría; quizás tenía una intuición muy fina, que le permitía prever algunos acontecimientos... o quizás Dios le revelaba ciertos hechos y realidades desconocidos para los demás. No podemos entrar en esta discusión; lo cierto es que quienes trataron con él le atribuyeron esas cualidades. Vamos a mencionar algunos de estos fenómenos, citados por los testigos en su causa de beatificación y por los autores de las primeras vidas suyas.

El P. Vicente Berro, primer procurador de la causa de su canonización, escribe:

*“En vigésimo octavo (lugar), demostraré que recibió de Dios el don de profecía, y a menudo veía cosas ocultas y misteriosas sin estar presente, y viendo cosas íntimas de los hombres les daba consejos para el futuro, cosas observadas por algunos, y siempre se cumplieron”.*

El P. Camilo Scassellati, tercer General de la Orden, declara:

*“Siempre le tuve por hombre iluminado por Dios, y por lo tanto en su presencia yo andaba con todo respeto y reverencia. Oí decir a mucha gente que él conocía lo oculto, como me dijo el Padre Arcángel de San Carlos, Procurador del Colegio Nazareno en Cesena, que supo que un hermano Lorenzo, que era su compañero en la recogida de víveres, se había impacientado con la mula, maltratándola a golpes. Dijo, pues, que había descubierta su impaciencia, y aprovechó la oportunidad para exhortarle,*

*pues Dios no le trataba así a él &. Y esto no pudo de ninguna otra manera saberlo, sino por revelación de Dios, habiendo sucedido todo en el campo mientras estaba pidiendo víveres, y de esto hará más de veinticinco años, y el mismo Padre Arcángel que me lo contó era el compañero de dicho Lorenzo cuando golpeó a ese animal con impaciencia. Sé también por la boca de la señora Julia Merenda, dama pobre, a quien el dicho José había conocido en un estado floreciente, y a menudo le ayudaba con limosnas y con su propia sotana, y le dijo que no moriría antes de que ella hubiera sido provista de alimentos, y así sucedió, porque el día antes de la muerte del Padre se hizo un instrumento con el Colegio Nazareno por orden de los Ilustrísimos Señores Auditores de la Rota, que le asignaron dos hogazas al día, dos medidas de vino y un escudo el mes por la cesión que se hizo a dicho colegio de la redención de una viña de dicho colegio en San Pancracio, y este instrumento se hizo en presencia mía, como Rector de dicho Colegio. La asignación se estableció por acta de Valentino el año mil seiscientos cuarenta y ocho, el veinticuatro de agosto si no recuerdo mal, y yo siempre he estimado que se logró por intercesión de dicho Padre. Y quiero mencionar también que, un año o más antes de la muerte de dicho Padre, de su propia boca le oí decir que esperásemos a agosto, que veríamos lo que permitiría Dios, y tales palabras las refería a algún acontecimiento que ocurriría al cristianismo, pero luego he pensado que él se refería a su muerte, que en ese mes se produjo”.*

El P. Cosme Chiara, cuarto General, escribió de Calasanz:

*“Este siervo de Dios fue también dotado admirablemente con el don de profecía, y parecía saber todo lo que iba a ocurrir por la iluminación del Espíritu Santo que asistía a su alma, por cuanto se ha podido saber de los que trataron con él, que afirman que conocía por dentro el estado de la gente mejor que otros ven en las personas con la vista de los ojos, por lo que se puede demostrar de las consecuencias que se han podido saber, y otras cosas se callan para ser observadas en el tiempo en que ocurrirán”.*

Mencionamos algunas de las predicciones citadas por el P. Chiara:

*“Después de la muerte del Sumo Pontífice Urbano VIII, mientras los señores cardenales estaban en conclave para elegir su sucesor, algunos de los nuestros contaron lo que se decía por Roma al Padre sobre que tal cardenal ya había sido elegido Papa. Entonces el buen viejo dijo: “No será así, sino que harán*

*Papa a Pamfili”, y otras cosas que se callan por conveniencia, y después de algunos días se oyó que este había sido promovido, exactamente como lo había dicho el Padre”.*

Esta predicción del papado de Inocencio X la mencionan también Soto Real, Maggi, Bianchi y Marchesi.

*“Uno de nuestra Orden se salió en virtud del Breve para disfrutar del beneficio de una canonjía, y escribió al Padre venerable, el cual le respondió: ‘Nunca creí que usted iba a titubear en estas borrascas, que cesarán. Vaya, pero no lo conseguirá y volverá avergonzado’. Así ocurrió, porque el obispo que le iba a dar la canonjía fue encontrado muerto en su cama la mañana del 18 de septiembre de 1646 en San Benito fuera de Mantua, y él volvió a la Orden”.*

*“Vino a Roma un sacerdote de los nuestros contra su orden, y cuando llegó a la puerta del Pueblo envió a rogar al Padre que le permitiese entrar. Al Padre le desagradó mucho eso, y le mandó decir que viniese a San Pantaleo, y le hizo saber que antes de llegar a casa Dios le iba castigar por su desobediencia. Entró él y por la calle dentro de la ciudad se cayó del caballo y se rompió la pierna, de la cual nunca curó”.*

*“Uno de nuestra Orden, llamado padre Diomedes, deseaba ir a Nápoles el año 1635, y el Padre General le negó el permiso. Él pidió la mediación de un Emmo. Sr. Cardenal. El Padre, al recibir la orden de aquel príncipe, hizo venir al religioso y le dijo: ‘Usted quiere ir a Nápoles por dar gusto a su padre y a su madre, pero no será así. Ahora, vaya’. Se fue él, y tres meses después de llegar a Nápoles pasó a mejor vida. Lo mismo ocurrió a otro llamado P. Juan Bautista en 1645, el cual estaba obstinado en querer dejar la Orden con el pretexto de ayudar a sus hermanas. El Padre intentó disuadirlo a no hacerlo, diciéndole que podría ayudarles mejor permaneciendo en la Orden, pues si estaba en el siglo no podría serles de ningún provecho. Dejó la Orden aquel, y se entregó a la vida licenciosa, con lo que más afligía que ayudaba a sus hermanas, y por fin después de dos años murió”.*

*“Un sacerdote que fue de los nuestros, encontrándose en Roma fue a pedir la bendición del Padre, pues estaba para ir a Poli, ya que iba a pedírselo al vicario general, del que sabía con seguridad que no lo quería en Roma. El venerable Padre le dijo: ‘En buena hora, no vaya a Poli, pues allí enfermará peligrosamente, con lo cual se verá obligado a volver a Roma, y ya no me*

*encontrará. Hijo, crea que no está firme en su vocación, y dejará la Orden, y se verá hecho seglar'. Él le respondió: 'Padre, no se me ocurren esas ideas'. Añadió el buen viejo: 'Usted no lo sabe, pero ocurrirá así'. Este padre se fue Polí, donde enfermó con peligro de muerte. Cuando estuvo en condiciones de viajar, volvió a Roma, y el Padre ya se había ido al paraíso. Luego se fue de Roma a Palermo, y pasados algunos meses dejó el hábito de la Orden, y así me lo ha referido el mismo, que se llama D. Domingo Manuel".*

*"En 1628 el P. General envió como superior a Moricone al P. Tomás con el hermano Miguel, paisanos los dos, luqueses. Antes de salir le pidió al Padre algo de comida para el camino, pues no tenía ánimo para caminar treinta millas sin comer. Entonces el Padre fundador le dijo: 'vayan más bien, que Dios proveerá'. Ellos, después de caminar una buena distancia, fatigados se retiraron hacia una fuente para refrescarse, y allí encontraron un mantel blanco con dos gruesas hogazas de pan blanco e incluso vino, lo cual tomaron, y allí dejaron el mantel. Cuando volvieron a Roma después de algún tiempo contaron lo ocurrido a todos nuestros religiosos".*

*"No quiero pasar en silencio lo que me ocurrió a mí cuando estaba en el primer año del noviciado en Palermo, en lo que parece que este siervo de Dios sabía mucho antes por revelación del Señor todo lo que le iba a ocurrir a su persona en esta vida mortal, y todos sus accidentes y sufrimientos y persecuciones que iban a sufrir él y la Orden por obra del Demonio, para hacerlo conforme y firme en su divino querer, y que nunca su Divina Majestad le iba a abandonar, de modo que conocía el tiempo, las cosas, las personas y la manera como iba a ocurrir todo, lo bueno y lo malo, a la Orden; lo veía en Dios, en quien reconocía su ayuda y favor admirables para mantenerlos a él y a su instituto. Por lo que recuerdo de haber oído contar mucho antes a algunos de los nuestros con asombro cómo habían oído decir al Padre muchas cosas sobre esto, entre otras: 'Oh, cuántos apuros ha de pasar la pobre Orden; será puesta en la balanza y estará a punto de caer, pero todas las cosas terminarán y Dios la hará crecer hasta el fin del mundo'. Aquellos que lo contaron se lo oyeron decir, y cuando sucedió creyeron que el Padre lo sabía desde mucho antes. Volvamos ahora a lo nuestro. Así, pues, siendo yo novicio, envió una orden el Padre para que todos los novicios de aquella casa fueran enviados a Roma. Y así se hizo, pero a mí y a otros no nos envió el padre provincial, y como yo tenía un gran deseo de conocer y ver a mi Padre fundador, cosa que yo consideraba un gran*

*favor, como si hubiera visto a Santo Domingo o a San Francisco en mis días, quedé un tanto frustrado. Un año después, no sé con qué ocasión, tenía que escribir al Padre en 1640, y en aquella ocasión con la debida prudencia, le mostré mi sentimiento y disgusto por no haber podido ir con los que fueron a Roma. El Padre venerable me respondió con su benignidad, y con respecto al particular que le había insinuado, me escribió las siguientes palabras: ‘Habíamos dado la orden de que todos los novicios de aquella casa de Palermo fueran enviados a Roma; el Provincial nos dijo que su persona y sus servicios eran necesarios en aquella casa. Llegará un día en el que como otro Abraham saldrá de su patria “al frente de mucha gente”, a donde Dios le llama para bien de la Orden, como ocurrirá. De momento quede conforme con el divino querer, de quien debemos reconocer todo, y que Dios le bendiga’. Esas son las palabras que me escribió el Padre. Yo no pude entender nada, ni entonces ni más tarde. A pesar de que luego, ya profeso, me escribió otras veces el Padre, observando siempre aquel afecto y manera que usaba conmigo, más bien me dejaban confundido que otra cosa, conociendo mi poco mérito”.*

Y más casos narra el P. Chiara. Uno de los más espectaculares (que luego narran también Maggi, Bianchi y Marchesi) es el siguiente:

*“El ilustrísimo y reverendísimo Mateo Judiski, polaco, afirma que en el mes de mayo de 1635, habiendo venido a Roma en compañía del Emmo. Sr. Cristóbal Zvivisti, señor de Posnania y senador del reino de Polonia, de unos 80 años, para curarse este de una enfermedad grave, habiendo oído hablar de la bondad de vida laudable del Padre José de las Escuelas Pías a sus religiosos de Nikolsburg, tenía ganas de verlo, pero por su debilidad se detuvo en la santa casa de Loreto, y rogó al señor Mateo que fuera a cumplir ese cometido con el siervo de Dios. Llegado el arcediano Sr. Mateo a Roma, fue a ver a nuestro Padre General con mucho consuelo suyo. Viendo cuánta bondad había en el siervo de Dios, concibió esperanza con respecto a lo que deseaba para la salud del senador y otras particularidades, por lo que se lo expuso para que él obtuviera de Dios con sus oraciones la salud de aquel. El Padre le dijo que él era uno de los pecadores más grandes del mundo. Fue otras tres veces a suplicarle con otros señores nobles de su país. Por fin al cuarto día le dijo que rogaría por él al Señor con los de su Orden. Y añadió al respecto: ‘Nosotros, aunque pobres pecadores, hemos orado al Señor por lo que Él quiera para el señor Cristóbal. Y a su Divina Majestad le ha agradado escu-*

*char nuestras plegarias, y le aseguro de parte de Dios, que nunca abandona a quien confía en Él, que el Sr. Cristóbal ya no está enfermo, sino curado; y no se encuentra ya en la santa casa de la Virgen de Loreto, sino en Bolonia, y allí le espera. En cuanto a lo segundo, de igual modo la bondad de Nuestro Señor Jesucristo nos ha consolado, y podrá decirle que antes de que llegue a Polonia tendrá noticias de un hijo varón que Dios va a darle a la mujer de su hijo, y si tiene su santo temor, le aseguro que tendrá un segundo y quizás un tercero (que era la otra cosa que él le había pedido, ya que dicho señor de gran nobleza no tenía herederos de su hijo)'. Con esta respuesta el Sr. Mateo quedó muy contento, y tres días más tarde se fue de Roma hacia Florencia, y llegado a Bolonia encontró al señor Cristóbal, sano con gran sorpresa y contento suyo, y cuando le contó todo lo que le había dicho el Padre, dieron gracias a Dios con esperanza porque había acertado todo, y así alegres y sanos se fueron a Venecia, y después a Padua, donde se entretuvieron hasta septiembre, esperando que hiciera fresco, y estando allí al poco tiempo les llegaron noticias de Polonia, acerca del nacimiento de un hijo varón del Sr. Andrés, hijo del Sr. Cristóbal. Cuando se enteraron, no se puede imaginar su gozo, y el concepto acerca de la santidad del P. José”.*

El H. Lorenzo Ferrari, que sirvió a Calasanz mucho tiempo, declaró en el proceso:

*“Puedo decir que el Padre conocía las cosas secretas y ocultas, porque me encontré presente un par de veces cuando venía alguno de fuera, y antes de que le contara algo que había hecho, le reprendía o elogiaba de acuerdo con lo que se merecía”.*

Doña Laura Caietani, dirigida espiritual del P. José, declaró:

*“Puedo decir que este Padre conocía cosas futuras y secretas, porque nunca me dijo cosas que no se me cumplieran. Y en particular del Sr. Francisco María Biscia, mi hijo, por quien estaba muy preocupada, que había ido a la guerra en diferentes lugares y tiempos, dudando que pereciera en la guerra con peligro de su alma. Se lo encomendé al Padre José, quien siempre me dijo que no dudara, que no moriría en la guerra, sino que volvería para morir en casa, conforme sucedió. E igualmente sucedió cuando me predijo la muerte de Sr. Francisco Biscia mi yerno, que había decidido el Lunes Santo de 1639 ir a su aldea. Yo fui al Padre José con la Sra. Hortensia mi hija para pedir a dicho*



*Padre que nos aconsejara qué teníamos que hacer, pues nos parecía extraño tener que salir esos días santos, en los que la gente de fuera viene a Roma, y el Padre José me dijo simpatizando con mi aflicción: ‘Pobre señor, está huyendo hacia la muerte. Pobre Señor, si se va, nunca volverá’. Y esto lo dijo después de haber estado pensando un poco, y después de dar un gran suspiro, y así exactamente sucedió, porque el Lunes de Pascua le cayó la gota en Mazzano, y el Miércoles de Resurrección murió”.*

Los biógrafos mencionan la capacidad de predecir la elección de los futuros Papas (ya hemos mencionado la de Inocencio X). Así cuenta el P. Marchesi (hablan de ello también Soto Real, Chiara, Maggi y Bianchi) la predicción hecha al Cardenal Ludovisi:

*“Mientras estaba en Narni, tuvo lugar en Roma la muerte de Paulo V, gran benefactor de las escuelas, y fue muy sentida por el Padre, que no se demoró en encomendar la elección de un excelente sucesor según las necesidades de la Santa Iglesia, y es creíble que entonces se le reveló que este sería el cardenal Alejandro Ludovisi, pues pasando este por Narni fue a visitarle y él le predijo el Pontificado, y que erigiría su pobre Congregación en Orden y la adornaría con otros privilegios. Y no se engañó, porque eligieron a dicho Cardenal, que tomó el nombre de Gregorio XV, quien, por haberlo predicho el P. José, pensó en recompensarlo incluso con los primeros honores del Vaticano”.*

También predijo la elección de Clemente IX, el Papa que restauró en 1669 las Escuelas Pías al estado de Orden. Así lo cuenta el P. Bianchi (también Soto Real):

*“Y además de haber predicho al Card. Ludovisi, Arzobispo de Bolonia, el Papado, que fue Gregorio XV como se ha dicho, sucedió lo mismo con Mons. Julio Rospigliosi, a quien predijo cuando salió de Roma como Nuncio en España que se quedaría seis años en ella, y luego regresaría a Roma, sería nombrado Cardenal, e incluso algo más, y sólo le rogó que luego se acordara de las pobres Escuelas Pías. Y así sucedió, porque Mons. Rospigliosi después de su regreso de España fue nombrado cardenal por el Papa Alejandro VII, a quien pronto sucedió en el Pontificado, y se llamó Clemente IX. Y él restableció la Religión de nuestras Escuelas Pías con todas las gracias y privilegios como habían sido otorgados por Gregorio XV”.*

Soto Real explica del siguiente modo ese “algo más”:

*“Se nos permita el decir que aquel y algo más y no decirle mucho más sería sin duda por lo poco que hemos visto que gozó el Sumo Pontificado, pues no llego a tres años cumplidos”.*

Según los biógrafos, anunció a muchas personas la curación de graves enfermedades, pero también la muerte de otras. Terminamos con un último caso curioso, narrado también por el P. Chiara:

*“Pedro Poli, que vive en Roma cerca del Campo de las Flores, vino a verme y me contó cómo cuando él era joven fue a pedir a nuestro Padre fundador que se dignase admitirlo como hermano en su Orden. El venerable Padre le tomó las manos, y mirándolo le dijo: “Hijo mío, quédese en el siglo que es donde Dios le quiere, pues si entra se verá obligado a salir”. Él se quedó estupefacto oyendo eso, porque tenía la intención de hacerse religioso, o de los padres de las Escuelas Pías, que es hacia donde se sentía más inclinado, o de los padres de San Andrea della Valle. Pasados algunos años murió su hermano dejando tres hijas y dos hijos, todos de corta edad. No tenían a otro para mantenerlos sino a Pedro, quien si se hubiera hecho religioso se hubiera visto obligado a salirse, y reconocía la gracia de Dios al conservarlo en el bien de su alma, y con posibilidad de mantener convenientemente a sus sobrinos, según le había predicho el Padre, por lo que decía que verdaderamente era un gran santo”.*

A la vista de tantos testimonios (y otros muchos que dejamos de lado) hemos de concluir que Calasanz poseía alguna cualidad especial que le permitía adivinar cosas ocultas, e incluso futuras. O que tal vez fuera su mística unión con Dios lo que le permitía tener un conocimiento especial. O, al menos, así lo creían quienes le trataron. Y eso a pesar de que en sus cartas no se percibe nada de esto, sino más bien, a menudo, su inquietud ante problemas presentes y temores futuros, y la frecuente petición de informaciones minuciosas sobre la vida de las diferentes casas y de sus habitantes. Nos encontramos aquí ante un ejemplo más del contraste entre el Calasanz “expresado” y el “percibido”. Que, seguramente, no se excluyen mutuamente, sino que se complementan.

## **Calasanz lleva a cabo curaciones milagrosas, antes y después de su muerte**

Las múltiples curaciones que Jesús lleva a cabo según los evangelios son “signos” de su poder, de su condición de Hijo de Dios y de su amor a los que sufren. Curaciones milagrosas se conocen también en la tradición religiosa greco-romana. En la tradición cristiana el milagro de curación es algo frecuentemente registrado, atribuido a personas (santos) o a lugares (Lourdes). Incluso hoy día los milagros de curación son requisitos necesarios en los procesos de canonización. No tiene nada de extraño, pues, que a San José de Calasanz se le atribuyan muchos milagros de curación, tanto antes de su muerte como después. Y que se presenten algunos de ellos para el proceso de su beatificación<sup>3</sup>. El proceso de beatificación fue muy largo (100 años), y la parte más costosa fue probar la heroicidad de las virtudes de Calasanz. Una vez conseguido este decreto, se pasó a presentar los milagros. En principio se eligieron cinco, como más fáciles de probar:

1. El primero lo narra el P. Marchesi, que dice:

*“El suceso mencionado fue el siguiente: destinado el traslado del Siervo de Dios José de la antigua iglesia a la nueva, que se estaba construyendo, se encontraban a la hora prevista en el lugar destinado los Ilustrísimos y Reverendísimos Prelados Diputados, que eran Monseñor Carducci, Obispo de Sulmona; Monseñor Capobianchi, Obispo de Lacedonia y Monseñor Ar-*

---

3 Cf. GINER S., *El proceso de beatificación de San José de Calasanz*, ICCE, Madrid, 1973.

*cani, Obispo de Comacchio; el Señor Abad Pierii, sub Promotor, y el notario del acto. Alrededor de las 22 horas comenzó la excavación de la tierra, y se descubrió el ataúd, se hizo el reconocimiento del cuerpo, y luego se llevó al lugar destinado en la nueva iglesia. Después de haberlo depositado, se pusieron encima las baldosas, y era cerca de las dos de la noche, que tanto tiempo duró la función. El P. Segismundo [Cocappani] de S. Silverio, entonces Asistente General de las Escuelas Pías, declaró bajo juramento que durante la función había orado al Señor que demostrara con algo milagroso la santidad de su Siervo, y experimentó en sí mismo aquello por lo que había orado. Pues saliendo de la iglesia a esa hora sin luz, al pasar por la parte donde se construía, se había excavado un foso para poner los fundamentos a una profundidad de unos 25 palmos, puso un pie en falso, y cayó dentro, dio con el hombro izquierdo en un lado de dicha excavación, rebotó hacia el otro lado, donde había un antiguo muro de unos 8 palmos de ancho, y de allí cayó más abajo. Cuando tuvo la sensación de perder pie al comienzo de la caída, invocó la ayuda del Siervo de Dios, diciendo: “¡Oh, Dios, Padre Fundador!”, encomendándose a él de todo corazón. Se encontró en el fondo de la excavación, hecho de duras piedras, entre una antigua pared de travertinos y un gran travertino excavado en el sitio de unos 4 palmos, sin ninguna lesión, cuando lo natural habría sido, a juicio de los que lo vieron, que hubiera resultado con varias fracturas. Por el contrario, se levantó por sí mismo, recogió la capa, el sombrero, el bonete y el pañuelo que tenía en la mano al caer, esparcidos en diferentes partes de la zanja a causa del movimiento de caída, y subió por sí mismo muy flammante por una escalera de palos que inmediatamente fue bajada, sin haber tenido ninguna contusión en la cabeza, ni en la cara, ni sangrar por la nariz, ni otro signo de lesión y daño recibido, reconociendo la gracia obtenida por Dios a través de la intercesión del Venerable Padre José Fundador. Y de tal suceso se formó un proceso legal con el examen de varios testigos”.*

2. Otra curación milagrosa, la de un tullido que se arrastraba por Roma pidiendo limosna, Salvatore Morelli (o di Marini) la testifican en el Proceso de 1650 el P. Camillo Scassellati y Antonio Gamarra, entre otros, y luego la narran los PP. Maggi, Marchesi y Orlandi. Copiamos la declaración de Antonio Gamarra:

*“El día que murió el Padre José, y que fue expuesto en la iglesia, hubo una gran afluencia de personas. Yo fui por la tar-*

*de a llevar la caja de plomo, y allí encontré una gran cantidad de personas. Qué gente era no lo puedo decir, porque yo estaba atento a la cuestión de la caja. Puedo decir que me detuve con los otros hombres del taller en la puerta de San Pantaleo, que está enfrente del palacio de los Orsini, esperando a que me abrieran, para llevar dentro la caja. Entre los que esperaban allí en la puerta había un lisiado de treinta y cinco o cuarenta años, de pelo rojo, que decían que era de Anagni, al que yo había visto ocho días antes con ocasión de que estaba en el albergue de la Cuna, cerca de mi taller. Por lo que me dijo, cuando yo le pregunté un día en mi taller por su mal, necesitaba arrastrarse por el suelo, es decir, se apoyaba en un brazo y un codo, que descansaban en el suelo, y luego arrastraba su trasero, y así caminaba. Quedó así como consecuencia de una inflamación que afectó a su cuerpo. A este mismo hombre lo encontré en la mencionada puerta de San Pantaleo, cuando yo y mis compañeros llevamos la caja. Entramos dentro con la caja, y uno de mis compañeros, movido a compasión por ese pobre hombre, rogó a uno de los Padres de San Pantaleo que le dejara entrar. Al poco rato, después de dejar la caja delante de la balaustrada, y estando cerca del cuerpo del Padre José, a quien besé la ropa y las manos como hacían los demás, vi a mis pies al mismo lisiado, que rogaba le levantaran del suelo para besar las manos y la ropa del Padre José. Me dio lástima, así que levanté al pobre hombre, tomándolo en brazos; lo acerqué al cuerpo del Padre, y comenzó a besar sus manos y ropas, y también quería besarle la cara, pero un Padre le dijo que no era apropiado besar su cara, que ya era suficiente con besarle las manos. Añadió que tuviera fe en Dios, y se encomendase a la intercesión del Padre José, como lo hizo calurosamente. Mientras continuaba besando sus manos y la ropa, dijo en voz alta, “Oh Jesús, estoy en el suelo, estoy de pie”, y comenzó a estirar los dedos de la mano, y los brazos como si estuviera asombrado, no creyendo que fuera cierto que él hubiera recibido esta gracia, y de hecho comenzó a mover todas las extremidades, y comenzó a caminar alrededor del catafalco una y otra vez, diciendo que no quería salir de allí, que quería quedarse a dormir esa noche en la iglesia, al lado del cuerpo. Y comenzaron a dar vueltas alrededor de él para saber si era él quien había recibido una gracia singular, y yo estaba realmente asombrado, pues le había visto días antes y ese mismo día en las calles arrastrándose. Y yo le tenía en brazos cuando estiró las piernas, y recibió la salud perfecta. Y toda la gen-*

*te procurada besar su ropa, y las manos, y besaban su ropa porque lo tenían como un hombre santo. Y creo que su ropa la tenían como una reliquia, para pedir y conseguir del Padre alguna gracia”.*

3. Como tercer milagro se escogió el declarado por D<sup>a</sup> Laura Caetani, que había declarado también en el primer proceso ordinario. Esta fue su declaración:

*“Sé, como he oído decir, que ha hecho muchos milagros en diferentes personas a las que no conozco. Pero sé bien lo que sucedió en mi casa el año 1628 o 1629, lo que escucharé. Enfermo de enfermedad mortal el Sr. Bernardino Biscia mi nieto, lo medicaban el Sr. Bernardino Missorio, y el Sr. Clemente Landi, y los dos médicos lo desahuciaron, pues tenía fiebre maligna y petequias, y el pulso intermitente. Dijeron de manera muy clara que solo le quedaban unas pocas horas de vida. Entonces, desesperada de la ayuda humana, recurrí a la ayuda de Dios e inmediatamente envié a llamar al padre José, que vino y fue recibido por mí, y por la Sra. Hortensia mi hija, la cual se arrojó a sus pies, rogándole que no la abandonara en tal necesidad. Entonces el Padre la hizo levantar, y me dijo que lo llevara a la cama del enfermo, y después de verlo lo marcó con la señal de la Santa Cruz, le dijo el “en el principio”, y luego tocó sus muñecas. Me dijo: ‘Este ya no tiene fiebre’. Yo, asombrada por lo que me decía, respondí: ‘El médico me dijo que había vuelto la fiebre, con más fuerza’. Y el Padre respondió: ‘Os digo que ya no tiene fiebre’. Y también dijo que le diéramos de comer, aunque hacía muchos días que no había comido, y se mantenía con el destilado, y preguntándole él mismo al enfermo si quería comer, respondió que quería huevos rotos en caldo, y se lo trajeron, y se lo comió todo él solo después de que lo bendijera el Padre General. Y después de terminar de comer, el Padre General nos dijo que lo dejáramos descansar, que ya no tenía fiebre. Y esto fue alrededor de las veinte horas, y creo que fue en el mes de junio, y se quedó dormido inmediatamente después de comer. Y cuando despertó lo vieron los médicos, y lo encontraron sin fiebre y curado. Y en particular el Sr. Bernardino Missorio estaba muy admirado de cómo esta sanación podía haberse realizado tan repentinamente. Yo les conté lo que había sucedido con el Padre General. Entonces el Sr. Bernardino dijo: “Este Padre General es un gran siervo de Dios; esta curación que ha recibido su señor nieto la llamo milagro”.*

4. El cuarto milagro es el del “santo zinale” de la Sra. Catalina Joanini, cuya declaración en el proceso ordinario fue como sigue:

*“Yo, como dije anteriormente, animada por una señora, fui a visitar el cuerpo del Padre José de la Madre de Dios en San Pantaleo, hace unos tres años, y me parece que fue en verano. La iglesia estaba llena de gente y no se podía pasar. El Padre José estaba en medio de la iglesia, y habían puesto bancos alrededor. Por tres veces intenté acercarme para verlo, pero no podía llegar por la multitud de gente que estaba allí. Yo había comprado un jabón antes, y me lo puse en el delantal por miedo a que me lo robaran o que se me cayera. Hice fuerzas para entrar entre los bancos, y por fin entré, y al entrar, el delantal que llevaba apretado en mis manos se me escapó, y se quedó entre un banco y un hombre, que tenía una cicatriz en la cara, y se me desgarró el delantal. Un pedazo de mi delantal quedó en manos de aquel hombre. Era un delantal de sarga negra, y estaba partido en dos. Fui a besar los pies y las manos al Padre José, que estaba muerto, y queriendo entrar dentro de los bancos para besar las manos, me di cuenta de que el delantal estaba roto, y dividido en dos partes. Me devolvieron la parte de delantal que había quedado en la mano de aquel hombre, y lo metí dentro de la parte que me había permanecido unida a la cintura, y lo apreté para que no se me cayera junto con el jabón, con intención de coserlo luego, y unirlos juntos. Luego besé las manos y los pies al difunto Padre José, y salí de los bancos, y comencé a hacer oraciones adelante el santo Crucifijo, y luego fui a poner el jabón en un pañuelo, y al abrir el delantal encontré la parte del delantal desgarrada reunida junto con el delantal que tenía atado, de modo que no se notaba que se había roto. Se me acercaron muchas personas, y particularmente mujeres, y el hombre que me había devuelto el trozo, y al contarles mi asombro por lo que había sucedido, todos quedaron muy admirados, y estimaron que esto era un milagro hecho por el difunto Padre José, a quien yo también me había encomendado. Y esto fue visto por aquellas personas que estaban presentes allí, y como yo era forastera, no conocía a las personas que estaban presentes allí; sólo a aquel hombre que me devolvió el trozo que se había rasgado, y lo tenía en la mano, y ya no le he visto más.*

*Una señora vecina nuestra tenía un gran dolor de cabeza, me mandó llamar, para que le llevara el delantal mencionado. Fui allí, que vivía en esa placita que está detrás de la Virgen Santísima de la Paz, en un edificio donde había dos columni-*

*tas. Entré, subí las escaleras. Llevaba el delantal y cuando encontré a la señora a la que le dolía la cabeza, le di el delantal, y ella se arrodilló y dijo un padrenuestro y un avemaría, y también lo hicieron sus hijos. Se puso el delantal sobre la cabeza e inmediatamente se le pasó el dolor, y dijo que por la gracia recibida quería enviar una cabeza de plata a San Pantaleo como signo de dicha gracia recibida.*

*También me llamó la señora Teodora de Ancona, mi paisana, para que fuera con ella al hospital del Espíritu Santo en Sassia, donde su marido estaba enfermo. Se llamaba Baltasar, y también era de Ancona, pidiéndome que llevara el delantal citado, como lo llevé. Llegamos al hospital donde estaba el marido enfermo. Le habían puesto ampollas y estaba moribundo. Se acercó su esposa y comenzó a llamarlo, y uno de los sirvientes dijo: 'Llama, llama; este está más allá que aquí'. Sin embargo, Teodora la esposa se acercó a su marido, y le puso el delantal sobre la cara, y el marido, que ya no hablaba, al contacto con dicho delantal comenzó a hablar. Dijo: 'Jesús, ¿qué me habéis hecho, qué esplendor es este?' Y comenzó a recuperarse, y se curó, a pesar de estar desahuciado. Y él, después de haber tenido el delantal, en dos días salió del hospital, y ahora vive, y se encuentra en Ancona.*

*Quando se enteraron los Padres, vinieron a pedirme el delantal, y se lo di. Y esto me ocurrió de la manera que he contado, y creo que es un milagro, debido a la bondad de ese Siervo de Dios".*

5. El quinto milagro, no menos espectacular, se produjo al quedar curado de su brazo gangrenado un niño, Alejandro Domingo Cominis, que luego fue alumnos de las Escuelas Pías. Así declaró él mismo en el proceso ordinario:

*"He oído decir a muchísimas personas que el Padre José ha hecho muchos milagros en vida, e incluso después de la muerte. En qué personas los hizo no lo sé. Sé bien que a mí me hizo un gran milagro curándome este brazo izquierdo, que V. S. ve con estas cicatrices (secretario: todos vimos el brazo izquierdo, que estuvo herido y ahora tiene siete cicatrices en el codo; se anota por la verdad del hecho), que he tenido inútil durante más de cuatro años, que me dolía tanto, que me hacía aullar como un perro, y los quirurgos habían determinado cortármelo, y que en cuanto puse este brazo sobre el cuerpo del Padre José, que estaba muerto en una salita en San Pantaleo, al salir de dicha salita para ir a casa vi allí un montón de carruajes. Uno era de*



*una cierta Señora Milia, y allí empecé a estirar el brazo, que durante muchos años no había podido estirar ni encoger, y los quirurgos dijeron que estaba paralizado. Le voy a contar a V. S. cómo empezó lo de este brazo.*

*Yo estaba un día en mi casa en compañía de un niño, que era cojo, y no recuerdo su nombre, pero él tenía catorce años, y era mayor que yo y estábamos jugando. Se enfadó, y para hacerme daño me agarró el brazo y me golpeó contra la esquina de una caja que había en la habitación junto a la ventana. Chillé y me fui a mi madre llorando por el mal que me había hecho en el brazo. Ella me gritó, y me parece que me dio una bofetada, diciéndome 'siempre está armando jaleo'. Después me siguió doliendo el brazo, pero no le dije nada a mi madre, temiendo que volviera a pegarme. Y así aguanté el dolor durante mucho tiempo, casi dos semanas. Cuando Alejandro mi hermano regresó de la guerra me agarró para abrazarme, y tomándome por este brazo, por el gran dolor que sentí chillé, y mi madre vino y alzando mi manga vio que estaba muy rojo. Por la noche, al desnudarme, mi madre me quitó la camisa, que se me había pegado al codo, y me puso unguento de mucílago para curarme. Al cabo de cinco o seis noches se rompió la corteza, y salió pus. Continuó medicándome durante mucho tiempo, y como no sanaba, mi padre me llevó al hospital del Espíritu Santo al Sr. Josafat, quien me medicó por un espacio de un año más o menos. Como no mejoraba, se decidió mi padre a llevarme al Sr. Quintilio, médico, mi padrino de bautismo. Antes de llevarme a él, me llevó al Sr. Nicolás, quirurgo del hospital de Santiago de los Incurables. Cundo este señor vio mi llaga dijo que era incurable, y por eso no quería tratarme, y entonces mi padre me llevó al Sr. Quintilio, que me envió al señor Juan Truglio, quirurgo, que me medicó durante mucho tiempo, pero sin fruto. Vino después otro quirurgo, que decían que era muy bueno, y dijo que en ocho días me curaría, e hizo un trato con mi padre para pagarle una cantidad por las medicinas. Comenzó a medicarme y en poco tiempo me empeoró mucho, porque se me hinchó el brazo y me dolía mucho. Al darse cuenta mi padre de que iba peor, lo despidió, y ya no quiso que me medicara más.*

*Después mi padre fue a ver al Sr. Quintilio mi padrino, y con el Sr. Juan Truglio y otros que me habían medicado, y otros que me habían visto, hicieron una reunión, y decidieron que, para curarme, de modo que el mal no pasara más allá, no había otro remedio que cortarme el brazo, y querían hacerlo.*

*Decían que no me daría cuenta cuando me lo cortaran, porque el brazo estaba insensible. No podía moverlo en el codo, ni encogerlo ni estirarlo. Mi padre intentó muchas veces estirarlo, agarrando con una mano mi muñeca, y con la otra el brazo, con tanta fuerza como si quisiera romper un bastón, pero nunca pudo moverlo, y lo único que hacía era producirme un dolor de muerte. Cuando mi padre oyó que tenían que cortarme el brazo, no tuvo ánimo suficiente para aplicarme este remedio tan cruel. Dijo: ‘Prefiero que mi hijo muera antes que verlo sin un brazo’. Mi madre de vez en cuando me hacía unos ungüentos, con unas rosas benditas del Rosario, y una palma bendita, y agua bendita, y un poco de vino bueno, y con esto me lavaba el brazo, pero esto no me producía ningún beneficio.*

*Sucedió entonces que un día vimos a mucha gente yendo y viniendo de San Pantaleo, y algunos que conocían a mi padre, y sabían que tenía un hijo con un mal incurable, dijeron a mi padre y a mi madre que me llevaran a San Pantaleo, donde había muerto un Padre santo que hacía muchos milagros. Cuando se fueron las personas a las que servía mi padre en el restaurante, me llevó a S. Pantaleo, donde había una gran cantidad de gente. Entramos en la iglesia, para ir a la sacristía, a la salita donde estaba el Padre muerto. En medio de la gran multitud, mi padre me tomó en brazos, y me llevó a dicha habitación, y mi padre rogó a uno de esos Padres que estaban allí que nos hiciera el favor de poder tocar con mi brazo el cuerpo del Padre, y que le diera alguna reliquia del Padre. El Padre nos dio dos trocitos del hábito del Padre, y yo toqué su brazo, y le besé el hábito. Mi padre me sacó, y cuando estábamos fuera de la iglesia, me puso esos trocitos del hábito del Padre santo en este brazo enfermo, y nos fuimos a casa. Cuando estábamos frente a la carroza de la señora Milia, como dije, comencé a estirar un poco brazo, y se lo dije a mi padre con gozo. Y poco después al llegar a casa lo estiraba mejor. Mi madre siguió poniéndome esos trocitos de hábito sobre el mal, y quedé curado. Al ver esto los médicos y quirurjos quedaron muy asombrados y dijeron que esto es un gran milagro. Siguió a mi madre, por consejo de un quirurgo, poniéndome un parche para deshinchar el brazo, que tanto tiempo había utilizado sin resultado, pero luego, poniendo el mismo parche con los trocitos del hábito del Padre santo, produjo el resultado que V. S. ha visto”.*

Mientras se preparaba la presentación de los cinco milagros, aparecieron otros milagros posteriores, una curación sucedida en Chieti

en 1696, lista para examen en 1730, como los cinco anteriores, aunque luego se desestimó. Y posteriormente aún, en los primeros años del generalato del P. Juan F. Arduini (1736-1742) se producen otros milagros en Florencia: las curaciones de Sor M<sup>a</sup> Serafina Vincenti, de Sor Cristina Ceccherini, de Sor Plácida Gualchi y de la señorita (solterona) María Margarita Tanteri. Al final los dos milagros que fueron aceptados fueron los de la Ceccherini y la Tantieri, y con ellos el Papa Benedicto XIV llevó a cabo la beatificación de nuestro Fundador en 1748. Posiblemente estos dos milagros que llevaron a la beatificación (y luego canonización) de Calasanz son poco conocidos entre los escolapios, así que me permito transcribirlos (traduciendo del original italiano, que puede leerse en Reg. Cal. 45).

Así presenta el postulador de la causa el primero (folios 78-82):

*“La Reverenda Madre Sor Cristina Ceccherini, monja capuchina de Florencia, saliendo un día del mes de abril del año mis seiscientos treinta y tres del gallinero de su monasterio con una espuerta de basura en las manos, se le torció un pie, y cayendo hacia atrás se golpeó en los riñones con el borde de la escalera de piedra del mismo gallinero. A pesar de que sentía dolor por el golpe, de momento no hizo mucho caso, pero con el paso del tiempo el dolor aumentó infinitamente, y a ello se añadió la pérdida de sangre por las partes naturales. Llamaron al médico y al quirurgo, los cuales cuando llegaron aplicaron algunos remedios a la enferma, pero sin fruto, pues continuó sin disminuir el dolor de los riñones, con un extraordinario calor y temblores en aquella parte, e incluso se extendió a la parte izquierda anterior del tórax, y no disminuyó la pérdida de sangre, a lo que se añadió un temblor interno, todo ello efecto de la sangre estancada en la cavidad del tórax, y de las lesiones causadas en el lomo por el golpe. Los citados expertos intentaron con varios y repetidos medicamentos aliviar de sus sufrimientos a la enferma, pero todo fue en vano. Mientras tanto, durante algún tiempo cesaron el flujo de sangre y el temblor interno, aunque luego volvieron a producirse con la misma vehemencia, añadiéndose de cuando en cuando paroxismos de fiebre, y el dolor de los riñones y de toda la parte anterior del pecho cada día iba en aumento y se volvía más agudo. Continuó con estas molestias la religiosa enferma hasta el año mil setecientos treinta y cinco, en el cual no solo ya no pudo dedicarse a las tareas de la comunidad a causa de la debilidad de sus fuerzas*

*y la atrocidad de sus dolores, sino que se vio reducida a no poder yacer tumbada en la cama, sino que estaba sentada en una silla, y sostenida por muchas almohadas estaba durante muchas horas en la cama, y de este modo continuó hasta el mes de noviembre de mil setecientos treinta y siete, en el cual, a causa del aumento de todos los síntomas citados ya no pudo acostarse más en la cama sino durante dos o tres horas al día, y de manera interrumpida, por la dificultad que tenía para respirar cuando se acostaba, y aunque los médicos intentaron aliviar a la enferma con los remedios de su arte, ella iba empeorando, y le daba náuseas todo tipo de alimento, pues aunque lo tomaba en poquísima cantidad, le causaba un ácido molestísimo en el estómago hasta que aquel poco de alimento había sido digerido por completo. De modo que, viendo los médicos la obstinación del mal y la ineficacia de los remedios aplicados, muchos de los cuales en lugar de beneficiar a la enferma le habían perjudicado notablemente, declararon que no sabían qué más hacer, abandonando a la enferma a merced de sus males.*

*De modo que ella cada día iba de mal en peor, y de vez en cuando tenía fiebre, con convulsiones que le hacían agitarse de manera extraña, de modo que era necesario que varias religiosas la sujetaran. Sufrió desvanecimientos y frecuentes sínco pes, quedándosele helado el cuerpo, y especialmente las piernas, que se le habían hinchado, por lo que se veía obligada a estar continuamente sentada en una silla, sin poder moverse, porque cuando intentaba moverse le volvían inmediatamente las convulsiones con un temblor externo universal, y un grandísimo dolor interno, a causa del cual sentía ahogarse; le aumentaba el dolor y los pinchazos en los riñones, de modo que tenía que detenerse, y sentarse de nuevo, según declararán detalladamente los testigos informados, según su conocimiento.*

*Continuó la enferma en el estado deplorable descrito hasta el mes de mayo de mil setecientos cuarenta, cuando privada completamente de fuerzas y atormentada por todos los síntomas descritos más arriba, había perdido toda esperanza de recuperar su antigua salud, más bien esperaba una rápida muerte que le librara de tanto sufrimiento. Ocurrió que el sábado veintiocho de ese mes llevaron al monasterio la reliquia del Venerable Siervo de Dios Padre José de la Madre de Dios a otra monja enferma, y conociendo las religiosas los milagros que el Altísimo hacía cada día por intercesión del citado querido Siervo suyo, insinuaron a la citada Sor Cristina que se hi-*

*ciera llevar la citada reliquia, pero por ahora esta no se sentía dispuesta a confiar en los méritos del Siervo de Dios, y les respondió que los santos no eran para ella. A la tarde siguiente, sin embargo, la enferma sintió el deseo de que le llevaran la reliquia citada, y este deseo creció al día siguiente, en el cual tuvo confianza en los méritos del Siervo de Dios, de modo que por la tarde pidió a la Madre Abadesa que le llevara la citada reliquia, cosa que ella hizo el martes siguiente, y al presentársela le exhortó insistentemente a que tuviera fe en la intervención del Siervo de Dios. La enferma recibió la reliquia y la apoyó en una de las almohadas de su cama, y poco después, sacándola fuera de la bolsa en que estaba la tomó en las manos, y tras recitar algunos Pater y Ave, volvió a meterla en la misma bolsa confiada en obtener la salud por los méritos del Siervo de Dios si se la pidiera, pero no podía decidirse a pedirla, porque creía que era voluntad de Dios el que ella soportase su penosa enfermedad.*

*Por la mañana del miércoles 1 de junio el confesor del monasterio mandó decir a la enferma por medio de la Madre Abadesa que tuviera fe, y que pidiese la gracia de su salud al Siervo de Dios con la certeza de obtenerla. Al recibir esta embajada se reanimó tanto la fe de la enferma en el patrocinio del Siervo de Dios que creyó que seguramente se curaría, de modo que tomó en la mano la reliquia y pidió con fervorosa instancia su salud al Siervo de Dios, y en aquel mismo instante se sintió liberada de hecho de todo dolor y de todos los demás gravísimos síntomas que le habían atormentado hasta entonces. De modo que, puesta de nuevo la reliquia en la bolsa, fue rápidamente a encontrar a la otra monja enferma, a la que contó el milagro, y luego fue al coro, donde estaban todas las monjas, y después de seguir la santa misa de rodillas, se puso a pasear por el monasterio hasta que llegó la hora de la comida, y entonces fue al comedor y comió con gusto los alimentos cuaresmales según la regla de la Comunidad, y aquel mismo día volvió a hacer todos los ejercicios del monasterio, con tal fuerza y vigor como si nunca hubiera estado enferma, como declararán en detalle los testigos informados, según su conocimiento”.*

De Margarita Tanteri dice (folios 83-87):

*“La señorita Margarita Tanteri, de la ciudad de Florencia, el año mil setecientos veintiuno, al querer levantar una gruesa piedra para uso de su oficio de tejedora, sintió como un violento desgarró en el lado derecho, a la altura de la última*

*costilla de la región del hipocondrio derecho, a consecuencia del cual le sobrevino inmediatamente un agudo dolor, con alguna tumefacción. Al reconocerla los quirurgos juzgaron que se trataba de una dilatación de la arteria, o sea un aneurisma, mal de hecho incurable, y por ello le recetaron algún lenitivo para mitigar el dolor, diciendo a la enferma que no había remedio para su mal, por lo que solo podría prolongar su vida teniendo mucho cuidado. Pero como era huérfana, y de condición bastante pobre, estaba obligada al trabajo de tejer, y por ello no podía hacer mucho caso a la grave incomodidad que sufría, trabajando continuamente en el telar, y de ahí le vino que al exacerbarse el dolor de vez en cuando se veía obligada a tumbarse en el lecho, y así siguió hasta el año mil setecientos veintinueve, en el que a causa del susto recibido con ocasión de una terrible sacudida de un terremoto le aumentó infinitamente el doloroso martirio, y el tumor se le hizo del tamaño de un huevo de gallina, acompañado de una extraña pulsación, a la cual se añadieron otros dolorosos síntomas, a causa de los cuales empeoró mucho el estado de la enferma, que se vio forzada a andar curvada, al no poderse enderezar sobre el lado dañado, y después de pasar varios años en este estado tormentoso, finalmente se vio obligada a quedarse en cama, de la cual por un periodo seguido de cinco años, hasta mil setecientos treinta y nueve, ya no pudo levantarse, reducida a una suma postración de fuerzas, atormentada por un continuo dolor agudísimo en el lado dañado, y sufriendo frecuentes deliquios, que a menudo la dejaban casi muerta, según dirán los testigos informados, de acuerdo con su conocimiento.*

*Continuando en este deplorabilísimo estado la enferma, en el mes de julio de mil setecientos treinta y nueve, ante las repetidas persuasiones de algunas de sus compañeras que sentían compasión por su infelícísima condición, fue inducida a pedir la reliquia del Venerable Padre José, que le fue llevada el seis de dicho mes. Entonces sus compañeras y el religioso sacerdote que había llevado la reliquia animaron a la enferma a tener fe en el Siervo de Dios, y a pedir al Señor su salud por los méritos de él. Después de decir algunas oraciones, a las 23 horas y media<sup>4</sup> el religioso le puso sobre la cabeza*

---

4 Según el sistema horario de la época, media hora antes de anochecer. Al comenzar el nuevo día, sonaban algunas campanas para hacerlo conocer a la gente, que entonces rezaban el Avemaría.

*la reliquia, y luego se la puso en la mano, para que con ella se tocara la parte dañada, cosa que hizo la enferma. En un instante ella se sintió libre de todo dolor, de modo que, dándose cuenta sus compañeras que estaban presentes de que estaba ya completamente curada, le dieron ropa para que se vistiera; ella se vistió inmediatamente, se levantó de la cama, caminó por la habitación, se puso de rodillas para recitar el Ave María cuando tocaron las campanas poco después, y siguió levantada hasta las dos de la noche, realizando algunas tareas domésticas, y luego se volvió a acostar para dormir. A la mañana temprano se levantó y bajó las escaleras de su casa, fue al huerto, donde estuvo paseando llena de vigor, como señal de su salud totalmente recuperada, reconociendo en particular que la hinchazón y el tumor causado por el aneurisma y que antes de la curación milagrosa se notaba en la parte dañada bastante duro había desaparecido por completo y había vuelto a su blandura natural la parte citada, sin que se percibiera el más mínimo resto del mal precedente, como podrán declarar más en detalle los testigos informados, y en particular los médicos y quirurjos que cuidaron a la enferma, según su conocimiento.*

*No solo desde el día de la milagrosa curación hasta el tiempo en que se preparó el proceso en Florencia, y fueron examinados los testigos, lo que ocurrió en el mes de abril de mil setecientos cuarenta, sino que hasta el día de hoy (1743) la citada Margarita Tanteri ha perseverado y persevera en el mismo estado de perfecta salud, sin haber sentido ninguna dureza en el lugar del tumor ni haber experimentado el más pequeño síntoma de incomodidad, ni molestias de su antiguo mal, y sin haberse servido de ningún preservativo para conservar la salud, de modo que considerada esta constante y larga perseverancia de la citada Margarita en el citado estado de perfecta salud, sin ningún resto de su enfermedad precedente, se ha estimado comúnmente por parte de todos que por intervención del Venerable Siervo de Dios Padre José de la Madre de Dios fue extirpado por completo en ella aquel antiguo mal, del cual no habría podido nunca ser curada. Por lo que una tan perfecta y completa curación de un mal tan largo y de hecho incurable se ha atribuido, y se atribuye universalmente a un evidente milagro obrado por el Altísimo por intercesión del citado Venerable Siervo suyo, según declararán más en detalle los testigos informados, y en concreto sus compañeras y criados, los médicos y quirurjos”.*

Los biógrafos narran más brevemente otros muchos milagros de Calasanz, pero fueron estos dos (ampliamente estudiados en un volumen de 265 folios (por las dos caras) fueron los aprobados para llevar a Calasanz a los altares. Hay que reconocer la minuciosidad de los relatos, y lo extraordinario de ambas curaciones. Hace tres siglos nadie dudó que allí estaba la mano de Dios, movida por la intercesión de Calasanz. Y tampoco podrá dudar hoy quien crea en lo milagros. Tenemos aquí no ya un Calasanz “percibido”, sino un Calasanz “demostrado” por una fuerza superior a nosotros mismos. Estamos abocados de nuevo al salto de la fe, sin la cual sería muy difícil explicar tanto la vida de Calasanz, como la historia de las Escuelas Pías.



## **El mal (el demonio), opuesto a Calasanz**

El demonio es una realidad muy presente en los evangelios: tienta a Jesús al principio de su vida pública, se apodera de no pocas personas (endemoniados) a los que Jesús libera, y al final de su vida, escribe Lucas (22,3): “Entonces Satanás entró en Judas, llamado Iscariote, que era del número de los Doce”. Dejo a los exegetas explicar cómo entienden ellos estas frecuentes alusiones al demonio, como opuesto a Jesús. El demonio es también tema común en escritos teológicos y de espiritualidad, aunque en nuestros días no es muy cómodo escribir sobre él. Muchos autores prefieren hablar del “mal”, como realidad abstracta, más que como personaje real. Tampoco entraré en estas discusiones. Tan solo pretendo presentar la idea del demonio que expresa Calasanz, y la interpretación de la relación entre Calasanz y el demonio por parte de sus biógrafos antiguos.

Calasanz en sus escritos se refiere en unas 40 ocasiones al demonio, el diablo, el espíritu maligno, Satanás. Para él era una realidad muy presente, sobre todo en las tentaciones y decisiones equivocadas de algunos religiosos y en los ataques a la Orden. Voy a transcribir algunas como muestra. Cito la numeración que corresponde a la carta o documento, según *Opera Omnia y Scripta*.

*“Constándonos públicamente y por su propia confesión que el Hermano Francisco del Ángel Custodio, de la diócesis de Albenga, de nuestra Provincia de Génova, operario profeso en nuestra Orden, vencido por el espíritu maligno, pensando convertir herejes, y hacer milagros (siendo él ignorante y sin letras) se fue de la Orden el pasado mes de noviembre de 1627, por propia voluntad y sin obediencia...” (O812.1)*

*“En cuanto al P. Juan Pedro no sólo no se encontrará bien en el cuerpo, sino que tampoco en el espíritu mientras no sepa vencerse en el comer y en el beber, que es la mayor tentación que tiende el demonio a los religiosos, porque si los vence en esto siempre resulta vencedor en lo demás pues les quita la oración que es el canal por el que llegan las gracias al alma”. (1410)*

*“Teme el demonio que nuestro Instituto, debidamente ejercido, vaya directamente contra sus artes”. (2001.1)*

*“El Señor nos ha librado del mal concepto en que la malicia y astucia del demonio nos puso ante los Superiores Mayores”. (2071)*

*“Temo que el demonio se interponga para que no logren el premio debido a sus trabajos”. (2079)*

*“Sobre ese Hermano, creo que haya más de lo que me escribe. Pero cuando el demonio se adueña de un corazón, hace éstas y mayores locuras”. (2118)*

*“Esta mañana ha pasado a mejor vida el hermano Ludovico, cuestador del noviciado, el que parecía y era tenido por tonto. Ayer por la tarde, encontrándose agravado por los dolores, no sólo cantaba en voz alta ‘Misericordias Domini in aeternum cantabo’, sino que recitó el ‘miserere’, y otras cosas devotas; y al final desafiaba a todos los demonios del infierno a que vinieran todos juntos, que él no tenía miedo”. (2626)*

*“Para el bien común, por todos los medios se deben combatir todas las intrigas, entre las cuales con toda seguridad anda el demonio como consejero, y son el veneno de la Orden”. (2756)*

*“En cuanto al P. Tomás, ni él ni usted saben si es tentación del demonio su enfermedad para impedirle su mérito y el provecho del prójimo”. (2903)*

*“Ahora están para pasar a otra Orden otros dos; y otros muchos andan levantiscos, y quizá engañados por el demonio”. (2976)*

*“Siendo esta falta suya por consentimiento voluntario a la tentación del demonio, me parece que el remedio que se podría emplear sería que un confesor que tenga mucha caridad lo confiese un par de veces por semana y le visite a menudo”. (3055)*

*“Me he enterado de que hay cierta rivalidad o aversión acerca de la materia de las Congregaciones. V. R. infórmese y ponga remedio cuanto antes, para que el demonio no acrecienta las discordias”. (3067)*

*“Yo, como Padre espiritual, les tengo compasión, al verlos tan sometidos a la tiranía de Satanás”. (3386)*

*“Como a menudo ocurre que, a causa de las insidias del diablo, enemigo de la naturaleza humana, y de la misma debilidad de la naturaleza humana, los religiosos cometan algunos delitos que, si no se enmiendan y permanecen impunes, aumentan cada día en menoscabo de la Orden ...” (4068.1)*

Algunas “sentencias espirituales” atribuidas a él (32.35.2):

*“Al religioso ocioso, el demonio lo caza y lo atrapa”. “El religioso perezoso es la alegría del diablo”. “El religioso litigante es oficial del demonio”. “Juega a la pelota el demonio con el religioso vano”. “El religioso fervoroso es azote de los demonios”.*

Pero si Calasanz habla con la mayor normalidad sobre el demonio, sus biógrafos lo introducen aún más a menudo en los diversos episodios de su vida en que surgen algunas dificultades ante él. Podemos decir que para alguno de ellos (el P. Cosme Chiara, en particular) toda la vida y la muerte de Calasanz se explica como un continuo enfrentamiento entre el santo y el demonio, que a toda costa quiere destruir su obra. Todos los biógrafos antiguos citan el desafío de Calasanz niño al demonio en el árbol de Peralta. Varios explican la tentación de Valencia como obra del demonio. Y del mismo modo explican la caída de la escalera cuando Calasanz estaba colocando una campana: el demonio quería quitárselo de en medio. Y lo mismo explicación se atribuye a los diversos ataques (tanto externos como internos) contra Calasanz y su obra. Reproducimos algunos fragmentos de la obra del P. Chiara, como más significativos.

*“Estando una vez con esta idea, me dijo que le parecía verlo encima de una higuera, y animó a Marqués a que le acompañara, y subiera con él a aquel árbol, cosa que hicieron. Entonces, estando yo en otra rama sin ver nada –cuenta Marqués –, observaba lo que hacía él, cuando he aquí que el tronco sobre el que se había subido Calasanz con el cuchillo en la mano se partió de pronto, y yo me asusté y al mismo tiempo sentí miedo por el compañero que cayó al suelo, y afirmo que con toda seguridad debía matarse, por el duro golpe que se dio en el suelo. Y, por otra parte, siendo la rama bastante gruesa y José de peso muy ligero, consideré que la había roto el demonio, porque se*

*puede pensar que aquel, despreciando los altos motivos de un niño que estaba dispuesto a matarlo, no pudo tolerar ser provocado a luchar con un niño, por lo que rompiendo la rama en la que se hacía ver, lo tiró al suelo para llevárselo por delante”.*

*“El Demonio no podía contener ya sus fieros asaltos para aplastar a este siervo de Dios, del cuyos fuertes y grandes avances temía una guerra cruel, a no ser que encontrase la manera de vencerlo y aplastarlo. Vivía en aquel país una gran señora, cuyo nombre se omite por el debido respeto, a cuyos oídos llegó la fama y el prestigio de D. José de Calasanz, y después de haberlo visto se aficionó mucho a su persona, y por todos los medios posibles quiso tenerlo como amigo y confidente para servirse de sus consejos y consultar con él en cosas de importancia (de este modo el mentiroso traidor ocultaba en su mente la máscara que no podía durar mucho). Admiraba ella los discursos virtuosos y santas acciones del casto joven, como también el que fuera de hermosas facciones y aspecto agraciado, así como de angélica modestia y cortés en el trato. No quiso el Demonio perder una ocasión tan favorable para encender el fuego y atar el pecho de la mujer, del mismo modo que tejó y urdió la red contra José el justo y casto en la mujer de Putifar, príncipe del ejército del rey Faraón”.*

*“No dejó el tentador de intentar desanimar con sus artes habituales al siervo de Dios de su intento, para evitar así los efectos que temía que su presencia iba a producir. Y así, del mismo modo que envenenaba los ánimos de aquellos ciudadanos instigándolos a cometer aquella atrocidad, aquel acto de indigna temeridad y presunción contra el esplendor y grandeza de su sangre, al creerse por ofendidos en exceso, sin posibilidad de renunciar a vengarse de una tan tremenda injuria hecha a su familia que exigía antes morir que dejar vivo a los culpables para conseguir su objetivo, fiados en su valor y poder, pues no sería propio de caballeros no sostener lo que una vez se había comenzado, a pesar del daño que pudiera derivar de ello, y que era más honroso morir que vivir, pues hasta ese punto los tenía dominados la indignación producida por el demonio, del mismo modo este intentaba hacer ver la inutilidad de sus esfuerzos al sacerdote”.* (Episodio del rapto de la joven de Barcelona)

*“Permaneció en este ejercicio por espacio de siete años, y en este espacio de tiempo cuentan que muchas veces ocurría que habiendo dicho ya la misa, venían personas poseídas por*

*espíritus, a las que el Demonio impedía entrar en la iglesia de Santa Práxedes, y a causa de la fuerza que les hacían los que les llevaban, gritaban con gran espanto. El siervo de Dios se aproximaba a ellos movido a lástima, y sólo con tocarlos con dos dedos de la mano derecha, y diciéndoles con autoridad “¡entrad!”, de pronto aquellos entraban, y con mucha tranquilidad se confesaban y comulgaban, lo que quería se atribuyese a la virtud del santísimo sacramento de la misa, que había celebrado poco antes”.*

*“Viendo tanto progreso de los niños en el servicio divino se encendía aún más el odio y la indignación del enemigo del alma humana, y en los avances y el provecho de las almas contra sus insidias, de manera que no podía hacer prevalecer su maldad, se estremecía contra el piadoso obrero de la viña de su Señor, el cual, habiendo subido en una ocasión a lo alto de aquella casa para colocar una campana para dar las horas a los escolares, el Demonio, impaciente y soberbio, se le echó encima, y con gran ímpetu cargó contra él, y le dio tal empujón que lo tiró desde lo alto hasta el patio abajo. Algunas personas que estaban enfrente en otras casas lo vieron, admirando la humildad y caridad del siervo de Dios, y dicen haber visto como una sombra negra y horrible, que de improviso y con gran ímpetu se lanzó contra él, el cual de pronto a causa del golpe o del empujón cayó hacia atrás, y se pusieron a gritar fuertemente: ‘¡Jesús, Jesús, ayúdalo!’”.*

*“Ahora bien, el Demonio había procurado eliminar al Padre José de la Madre de Dios desde los primeros albores con que amaneció a la luz de este mundo, y no dejó nunca de exponerlo a manifiestos peligros de muerte, como hemos dicho, por la rabia que le tenía al verlo elegido por Dios para mayor gloria suya para la adquisición de almas para el cielo. Permitiéndolo para nuestro beneficio el Señor, el envidioso persiguió a los destinados a la gloria, de la que expulsado a causa de su temeridad se ve penando para siempre en el infierno, y habiendo experimentado que no le habían resultado sus atentados por medio de sus ministros del averno, se sirvió de los que tenía de su bando dentro de la Orden para abatirlo y derrotarlo”.*

Está claro, pues, que en este tema el Calasanz “expresado” y el “percibido” son muy próximos. Reflejan una mentalidad y un vocabulario propios de su tiempo. Hoy día nosotros nos expresamos en otros términos. El lenguaje ha cambiado, pero la realidad, no tanto. Hoy

como entonces existe la pobreza, la explotación, la ignorancia. La necesidad de evangelizar a los niños, especialmente a los más pobres de todo el mundo. Podemos fingir que el mal no existe, que todos los hombres tienen algo de bueno, que no hay nadie realmente malo... ¿Pero es cierto? La lectura de Calasanz, y de quienes conocieron a Calasanz pueden ayudarnos, tal vez, a plantearnos ciertas dudas, y a esforzarnos en encontrar las respuestas. No pequemos de ingenuos ni de cobardes.

## **La conversión de Calasanz**

Algunos autores escolapios hablan de la “conversión” (o incluso de las conversiones) de Calasanz. A mí me parece una expresión inadecuada. El diccionario de la RAE en sus dos primeras acepciones dice que convertir es “Hacer que alguien o algo se transforme en algo distinto de lo que era”. “Ganar a alguien para que profese una religión o la practique”. Aquí entrarían perfectamente algunos casos famosos: Saulo, que se convierte de perseguidor de cristianos en el apóstolo Pablo; Pantaleo (por lo que nos toca), que de pagano se convierte al cristianismo, y es martirizado por ello; no pocos reyes bárbaros que se hacen cristianos en la Edad Media... Y pasando a tiempos más modernos, Paul Claudel, que se convierte en creyente durante las vísperas de Navidad de 1886 en Notre Dame, o la conversión de soldado en ferviente eremita de san Charles de Foucauld, un par de meses antes. O la conversión del anglicanismo al catolicismo de san John Henry Newmann en 1845. Y tantas otras.

Desde luego, Calasanz no entra en esta categoría. Según declaraciones de quienes le conocieron de niño y joven (Jose Musquez y Mateo García, citados más arriba) era ejemplar ya en sus primeros años, hasta el punto de que le llamaban el “santet” o santito. Tenía una vocación sacerdotal clara y fuerte, capaz de superar las dificultades que se le fueron presentando. Por sus confidencias a quienes le escucharon en sus últimos años, fue también un buen sacerdote, apreciado y reconocido por los cargos encomendados, en sus años españoles. Una vez llegado a Roma, pronto fue conocido y apreciado por personajes importantes como el Cardenal Marco Antonio Colonna, y reconocido su compromiso con diversas cofradías, al servicio de los pobres y necesitados, antes incluso de fundar las Escuelas Pías.

Sus biógrafos, quizás exagerando, lo presentan como un santo que busca cómo cumplir la voluntad de Dios. Veamos algunos textos que muestran cómo Calasanz es percibido. El P. Soto Real escribe:

*“Como la Divina Majestad le había guiado a Roma para fines más altos que el procurarse dignidades eclesiásticas, infundió en el corazón de nuestro D. José una ternura de espíritu y consuelo tan grande al visitar los santuarios de Roma, y particularmente las siete basílicas, que no podía separarse de ellas. Cuanto más las visitaba, más le crecía el deseo de visitarlas, por lo que se le enfriaba el deseo de tirar adelante con alguna dignidad grande para volver a la patria, y ya fríamente descuidaba el ir a los palacios y comparecía poco en la dataría. Además de dicha ocupación se ejercitaba visitando las prisiones y los enfermos de los hospitales, ayudándoles en cualquier necesidad con gran afecto”.*

El P. Marchesi escribe:

*“¿Quién puede decir cuáles eran las lágrimas de su devoción, cuáles eran los tiernos afectos de su corazón en ese lugar santo? Dio muchas gracias al Señor por haberle traído a un lugar donde podría dedicarse totalmente a los ejercicios del espíritu sin las preocupaciones que el cargo de vicario le daba en su patria. Santos lugares de devoción de los cuales es más rica aquella ciudad tan gloriosa por haber sido rociada con la sangre de santos mártires, que por las púrpuras de sus césares triunfantes; y el ir ahora a uno, y luego a otro de esos lugares memorables servidos por el Capitolio, donde triunfó tantas veces la fortaleza y la fe de tantos héroes del paraíso, fue siempre para nuestro D. José una nueva razón de espíritu y devoción”.*  
*“Por mucho que se esconda la santidad bajo las cenizas de la humildad, al final será descubierta y traicionada, si no por la luz de sus virtudes, por el calor de su caridad. D. José había salido de su tierra natal para huir de aquellos honores y aplausos que con su santidad y prudencia había adquirido allí, y se había propuesto vivir conocido sólo de Dios, sólo en conversación con Dios. Pero no podía durar tanto tiempo así, porque el ardor de su caridad con los estímulos que internamente le daba el Señor con dulzura muy efectiva no le permitieron seguir durante mucho tiempo en esa vida, que también sentía tan extraña. No sabía cuál era ese deseo interno que le movía a tener que aplicarse en beneficio de su prójimo, y escuchaba*



*constantemente en el interior una voz que le decía al hombre que no había nacido para sí mismo, sino para ayudar a los demás, por lo que se sentía dulcemente violentado sin violencia para determinar no querer pasar su vida en ese dulce ocio espiritual de la vida contemplativa, sino unirla con la activa en beneficio de su prójimo”.*

El P. Armini, en su *Vida Breve* escribe:

*“El P. José tenía fama de santo; y esto por los únicos actos virtuosos y caritativos que se veía que él hacía, pero los principales eran secretos y mantenidos ocultos por él mismo con gran esfuerzo. De modo que practicaba todo tipo de virtudes meritorias para la vida eterna. Tenía sus horas destinadas a recitar las horas canónicas, y a orar y contemplar los misterios divinos, y a visitar las iglesias como ya se ha mencionado. Llevaba casi continuamente un áspero cilicio, se azotaba con disciplinas y ayunaba varios días de la semana a pan y agua. De hecho, se puede decir que su ayuno era diario; porque por la mañana se alimentaba muy parcamente, y por la tarde no tomaba comida de ningún tipo; y en esta forma de vida perseveró durante más de cuarenta años, aunque cuando era muy avanzado en edad, y a ruego de sus religiosos, moderó algo una abstinencia tan estricta”.*

Ya desde el tiempo de su estancia en la corte del Cardenal Colonna, escribe el P. Orlandi:

*“Así, en poco tiempo se vio aquella corte tan bien morigerada que despertaba admiración en toda Roma. Y todos tenían tanta estima, reverencia y amor al Siervo de Dios que no se podía pedir más por su parte a la propia persona del Cardenal, estimándolo todos un hombre santo, como afirmó la Sra. Doña Anna Colonna, sobrina del mismo Sr. Cardenal”.*

El P. Cosme Chiara escribe de sus primeros años dedicado a la enseñanza:

*“Atendía con gran esfuerzo a la buena educación de sus escolares, lo que parecía ser su alimento. Por la noche solía preparar las composiciones para los de gramática y buenas letras, y para los de grados mayores las lecciones de ábaco y las muestras de escribir, que distribuía a los maestros, y con destreza*

*les daba a entender el modo que debían emplear para enseñar a los escolares y para explicarles las lecciones. Tomaban a mal el que hiciera todas estas cosas, pero viendo en él una bondad tan extraordinaria se rendían todos dispuestos a escucharle, para seguir todo lo que ordenaba y quería el siervo de Dios, admirando su indecible caridad y el modo que tenía de guiar a la niñez al conocimiento de Dios, y se esforzaban para imitarlo y seguirlo. Decían que su humildad era más que grande, pues no permitía que los demás barrieran las clases, sino que lo hacía él a las seis de la mañana. Y dicen que en aquellos primeros años nunca se acostaba, sino que satisfacía la necesidad de su poco dormir solamente con apoyar la cabeza sobre una mesita. Y, de la misma manera que sus adversarios murmuraban y criticaban, y decían mal de sus escuelas, al mismo tiempo decían de él que era más que santo”.*

Y podríamos añadir otros textos de apoyo, pero nos parecen suficientes para mostrar que, en nuestra opinión, al llegar Calasanz a Roma, o unos años más tarde, no se produce en Calasanz una “conversión”, en el sentido propio de esta palabra. Lo que realmente ocurre es un avanzar en el proceso de santificación que había comenzado ya en su tierna infancia, con la educación recibida de sus padres, y luego de sus maestros trinitarios de Estadilla, y que continuaría durante toda su vida, hasta el momento de su muerte. En este proceso hay momentos más significativos, como su venida a Roma, su dedicación a la escuela, la fundación de una congregación religiosa que atendiera su obra... pero se trata simplemente de pasos adelante, sin cambiar de dirección. Y, en este sentido, creo que podemos más fácilmente compararnos con nuestro fundador. Porque seguramente la mayoría de nosotros escolapios venimos de una familia cristiana (como Calasanz), hemos recibido una vocación (como Calasanz) y la seguimos lo mejor que podemos (no tan bien como Calasanz), con pasos adelante significativos en algunas ocasiones (menos que los de Calasanz).

## La fascinación de Calasanz

Una de las definiciones de “fascinación” es *“Atracción irresistible que siente una persona o una cosa por algo”*. En términos humanos, dejando aparte la inspiración o vocación religiosa, algo así es lo que Calasanz sintió por la acción educativa integral bien organizada cuando vio a los niños pobres vagando y vagueando por las calles de Roma. Hasta el punto de dejar de lado otros proyectos personales, en España o en Italia, y dedicarse de lleno a una tarea en la que previamente no había pensado. Pero la suya no fue la única fascinación en juego. El primer impulso, el “big bang” de las Escuelas Pías en su primer momento se debió a una doble fascinación que los colaboradores de Calasanz sintieron: la misma fascinación de la escuela, que constituía un proyecto revolucionario y fuertemente apostólico, y la fascinación del mismo fundador, un hombre, como hemos dicho más arriba, fuera de lo común. Y esto lo señalan claramente los primeros biógrafos. Vamos a pasar lista a algunos de aquellos primeros colaboradores. Ya el P. Scassellatti, en la misa de funeral por Calasanz celebrada en el colegio Nazareno, dijo: *“¿Qué no hizo para que a ella se unieran como primeros compañeros algunos hombres que brillaban entre los hombres por la fama de su sangre, por el esplendor de su doctrina y por el adorno de sus virtudes?”* Manera barroca de preguntar, pero pregunta correcta.

El primer nombre que debemos citar es el del Beato Pietro Casani. Era ya religioso, y estimado dentro de su congregación de Lucca. Pero en Roma conoció las Escuelas Pías, y a Calasanz, y se sintió atraído por aquel tipo de apostolado, aunque al principio no veía claro lo de la pobreza, como escribe el P. Marchesi:

*“Así que comenzaron a negociar para lograr del P. José que permitiera aligerar un poco el rigor en esto de la pobreza*

*tan estrecha que quería que se observase en el Instituto de las escuelas, pues les parecía imposible poder atender diligentemente a los ejercicios de ellas con los rigores de una pobreza tan miserable, y no solo los jóvenes, incluso los Padres más serios, y el mismo P. Pedro Casani, que era el primer Rector de la casa de San Pantaleo, hombre de gran virtud, y que luego, conmovido por los ejemplos del P. José, permaneció entre los fundadores de la nueva Religión, cambiando el apellido por el de la Natividad de la Virgen, consideró imposible que se pudiera llevar a cabo ese trabajo con tanto rigor de pobreza”.*

Pero, escribe el mismo Marchesi a continuación:

*“El P. José, con razonamientos muy efectivos, con la experiencia cotidiana de los maravillosos efectos de la Divina Providencia, que demuestra con los que confían en ella, trató de persuadirle para que fuera constante en la observancia de esa pobreza en la que había fundado esa obra, y con ellos finalmente convenció al dicho P. Pedro, que se convirtió en uno de los más fervientes promotores de esa pobreza apostólica”.*

Casani, además de sacerdote, era ya un hombre maduro de 50 años y mucha experiencia cuando se hizo escolapio, y a partir de aquel momento, en 1617, se convirtió en la mano derecha de Calasanz. A este hombre le deben mucho Calasanz y las Escuelas Pías.

El mismo Marchesi habla del encuentro del Abad Glicerio Landriani y Calasanz en Roma. Glicerio era una persona fuera de serie, un loco de Dios, bastante anárquico y exagerado. Ligerero y brillante como el fuego. Tuvo la suerte de que alguien en Roma lo encaminara hacia Calasanz, de modo que ya su vida adquirió un rumbo fijo. Así lo cuenta Marchesi que, sin mencionarla, presenta la doble fascinación:

*“Mientras tanto se publicó en Roma la fundación de las Escuelas Pías y la gran bondad y olor a santidad de su Fundador, y el Abad Glicerio fue a encontrarlo de inmediato, y en ese primer encuentro quedaron muy satisfechos el uno con el otro, pues se correspondían en genio y espíritu pobre y ardiente en la caridad del prójimo, e inmediatamente se hicieron íntimos amigos, y él se propuso ayudarle en la obra de las Escuelas Pías, por parecerle una obra de gran caridad y humildad, que eran las dos virtudes de las que estaba supremamente enamorado”.*

La prueba de esa amistad y al mismo tiempo de la admiración de Calasanz por Glicerio es que decidiera conservar su corazón como una preciosa reliquia. Glicerio era joven cuando se unió al proyecto de Calasanz, pero no un adolescente. Había superado ya los 20 años, edad madura para aquel tiempo.

Otro personaje importante al origen de las Escuelas Pías es Gaspar Dragonetti. Cuenta el P. Berro:

*“En esta época Dios hizo que por las simples palabras de nuestro enfermo viniera a ayudar en las Escuelas Pías el Sr. Gaspar Dragonetti, insigne maestro de docena de Roma, con cuya presencia continuaron las clases. Curado nuestro D. José, con ayuda de Dragonetti se hicieron cosas tales y de tanta edificación y provecho en las Escuelas Pías, que la buena fama llegó hasta el Sumo Pontífice Clemente VIII, que quiso ver a nuestro Calasanz, y se lo hizo presentar por medio del mencionado Mons. Vestri”.*

Resulta sorprendente que un personaje con una historia tan larga (más 90 años) y tan prestigiosa en Roma decidiera unirse a un proyecto tan novedoso y poco seguro, hasta el punto de que el accidente sufrido por su fundador lo ponía en riesgo de desaparecer. La vida de Dragonetti sufrió un cambio de rumbo radical, y aunque es cierto que Calasanz (como puede verse en sus cartas tenía y quería que los demás tuvieran mil atenciones con Dragonetti, debió costarle no poco adaptarse a la suma pobreza impuesta por Calasanz, y muestra de ello es la célebre anécdota de su desánimo, al ver las deudas y falta de ingresos. Pero lo logró, y siguió dando clases (de calidad) hasta su muerte.

Otro importante apoyo para Calasanz en los inicios fue Gellio Ghellini. De él escribe el P. Orlandi:

*“Entre otros sacerdotes obreros de las Escuelas Pías estaba el gran siervo de Dios Gellio Ghellini, de Vicenza, famoso no menos por la nobleza de su nacimiento, que por sus virtudes heroicas, que se pueden leer en su vida dada a la luz por Don Gregorio Sala en Vicenza, el año 1683. Quien luego fue enviado por el P. José con obediencia por escrito a su patria para ajustar algunos intereses particulares suyos y murió allí con gran estima de su bondad”.*

Gellio se unió a las Escuelas Pías siendo ya sacerdote de 43 años de edad. Y fue mucho lo que aportó en aquellos años anteriores a la fundación de la congregación paulina. Por presiones familiares regresó a su ciudad, y falleció en 1616 con fama de santidad.

Basta con leer los nombres de los primeros asistentes generales de Calasanz nombrados en 1617 para darnos cuenta de la fascinación que Calasanz ejercía sobre hombres ya maduros y selectos, algunos de ellos sacerdotes. Además del P. Casani, fueron nombrados asistentes Paolo Ottonelli, Viviano Viviani y Francesco Castelli. El P. Bianchi escribe a propósito de Ottonelli:

*“El conde Pablo Ottonelli de Módena también recibió el hábito, después de haber sido Capitán General en varios ejércitos de guerra, pues estando en Roma, y observando el gran beneficio que la nueva Congregación de las Escuelas Pías hacía, desengañado del mundo, se despidió del conde su hijo, y rogó a nuestro V. P. José que lo recibiera bajo su dirección y gobierno, y este le respondió: “Hasta ahora habéis servido al mundo, del que no habéis sacado nada más que piedras y tierra; pero en nuestra Congregación tendréis paz y flores”, como recogió en el tiempo en que vivió en la Congregación con su raro ejemplo de observancia y humildad. ¿No ven, Padres míos, las hermosas flores que traen los ángeles del cielo?”.*

Ottonelli tenía 50 años cuando tomo el hábito en 1617. Murió en 1626, posiblemente víctima de la caridad, contagiado tras atender a otros dos contagiados.

De Viviano Viviani dijo el P. Scassellatti en su Teatro Glorioso:

*“Viviano Viviani, de Colle, hombre egregio de tal pericia del derecho y prudencia, que no sólo en Etruria, sino también en Liguria, hizo grandes cosas en lo jurídico a menudo; hombre admirado por sus óptimas costumbres, y en Narni considerado religiosísimo”.*

Viviano tenía ya 57 años cuando tomó el hábito escolapio; fue luego ordenado sacerdote y murió en 1622. Francesco Castelli era el más joven de los asistentes (tenía 34 años al tomar el hábito), y el único que sobrevivió a Calasanz, pues murió en 1657. De él dice el citado P. Scassellatti:

*“Francisco Castelli, de la familia de los marqueses Castelli, que dieron héroes célebres de toga y capa en Umbría, en Etruria y en ciudades de otros lugares, y cuya fama es aún enorme. Pero de los que todavía viven no me parece bien hablar”.*

Su contacto con Calasanz se hizo a través del P. Casani, que también debía tener su dosis de fascinación.

Otro ilustre escolapio entre los de la primera vestición es Tomás Victoria, sevillano, que acompañando a Glicerio Landriani se unió a Calasanz, y perseveró fiel hasta la muerte, en 1622. Fue uno de los dos primeros que practicó la limosna por las calles de Roma. Calasanz le hace varias alabanzas, Una de ellas en la carta 4242, en la que dice:

*“Observaba gran modestia y tenía singular celo y caridad por el prójimo. Causaba admiración no solo a los seglares, sino incluso a los religiosos de otras religiones, Hay algunos ejemplos de esta su caridad, que se conservan hasta hoy dondequiera que lo recuerdan, quedándose corta toda alabanza”.*

Otro escolapio admirable de los primeros tiempos (aunque no de los primeros profesos) fue el P. Lorenzo Santilli, que tomó la sotana escolapia en 1618, siendo ya sacerdote, y murió en 1622. También a él le dedica Calasanz encendidas alabanzas por su pureza de costumbres, rigor de vida y observancia religiosa, por lo que mereció una aureola de santidad que le colocó entre los primeros “venerables” de la Orden.

¿Y qué decir de los tres héroes que en los primeros tiempos lucharon contra la pandemia de su tiempo? Domingo Pizzardo, genovés, entró viudo en la Orden con sus dos hijos Octaviano y Tomás, y falleció en Carcare, contagiado al asistir a los apestados, en 1631. Ambrosio Leailth, uno de los primeros enviados a Alemania en 1631, conocido como “martillo de los herejes”, falleció en Nikolsburg en 1641, también contagiado al asistir a los enfermos. Arcangelo Galletti también ayudó a los apestados en Florencia; no murió, y en cambio ganó la admiración del Gran Duque, que a partir de aquel momento favoreció la fundación de las Escuelas Pías en su capital.

No podemos dejar de mencionar entre estos primeros colaboradores de Calasanz a Melchor Alacchi, emprendedor y trotamundos, al mismo tiempo fascinante y rechazado. Cuando llegó Alacchi a

Roma era un letrado joven (había nacido en 1591), y también fue fascinado por Calasanz y las Escuelas Pías, de modo que en 1622 tomó el hábito, fue ordenado sacerdote poco después y prestó numerosos servicios a Calasanz y a la Orden.

Vemos, pues, que a Calasanz ni se le ocurrió hacer “campañas vocacionales”: aceptaba las vocaciones que Dios le enviaba, las acompañaba y luego discernía (y así fueron numerosos a los que negó la profesión solemne en 1622, y que tuvieron que dejar la Orden). Visto con ojos de fe, no hay duda de que en todas estas incorporaciones tempranas y maduras a la obra de las Escuelas Pías se nota la mano de Dios. Pero con mirada simplemente humana podemos ver que aquí está en juego también una doble fascinación: la de la obra en sí, y la del fundador. Y esto me sugiere una doble pregunta: ¿somos los escolapios de hoy capaces de ejercer algún tipo de fascinación sobre otras personas, especialmente jóvenes? El atractivo de Calasanz se debía, sin duda, a su calidad humana y espiritual, a su compromiso, a su coherencia a su estilo de vida, a una atención especial a las personas, todas, que se acercaban a él... ¿Y nosotros?

La segunda pregunta tiene que ver con nuestra obra, las Escuelas Pías. ¿Ejercen en nuestro mucho de hoy, en nuestras presencias de los cuatro continentes, algún tipo de fascinación que las haga diferentes de otras obras educativas semejantes? ¿Seguimos siendo la oferta innovadora y revolucionaria que soñó Calasanz, o hemos ido perdiendo la luz y la sal por el camino?



## Sombras de Calasanz

Entramos en un terreno delicado. Pero inevitable, si queremos conocer más a fondo a Calasanz. Y aquí la oposición entre el Calasanz percibido y el expresado es radical. Las primeras biografías de Calasanz, y las declaraciones procesuales, en que no pocas informaciones sobre él se basan, nos muestra un Calasanz perfecto, sumamente virtuoso, modelo en todo y para todos. Se trataba entonces de hacer avanzar el proceso de su canonización, y no había que mostrar más que sus luces, por otra parte, deslumbrantes. Pero el Calasanz expresado en sus cartas es mucho más humano. Si el mismo Jesús en una ocasión echó a latigazos a los vendedores del templo y varias veces insultó fuertemente a escribas y fariseos (y maldijo algunas ciudades), podemos pensar que también Calasanz tendría a veces sus enfados, sus reacciones humanas, sus tácticas (éstas menos ejemplares que las del Maestro), y que así lo percibieron quienes convivieron con él, aunque luego no lo contaran. ¿Y qué decir de San Pedro, Santiago y San Juan, entre otros, que también tuvieron sus fallos y sin embargo son modelos eternos de santidad? Pero nosotros tenemos las cartas de nuestro fundador, y en ellas encontramos algunas curiosas, que muestran al líder que, por salvar el honor o el interés de la Orden utiliza recursos un tanto sorprendentes. Voy a poner solo algunos ejemplos, entresacados de sus cartas.

En la carta 0487, de 1626, escribe al P. Esteban Cherubini, rector de Narni:

*“El Sr. Antonio Narsini escribe al P. Melchor que él se compromete a que resulte bien el cierre del camino; que le prepare los 100 escudos que en ese caso le prometió. Puede decirle, tanto de mi parte como del P. Melchor, que los 100 escudos es-*

*tarán prontos y contantes, siempre que Su Señoría consiga la empresa de cerrar el camino. Así pues, le puede decir que, si ve al presente la ocasión de realizar este asunto, lo haga, que le pagaremos enseguida cuanto le prometemos”.*

Calasanz está tratando con una autoridad local para cerrar un camino que atravesaba entre la casa de Narni y otra que pensaban comprar (de hecho, ya la habían ocupado). Suena un poco a soborno, o porque estamos en Italia, a mafia... El propietario no quería que se cerrara aquel paso, pero Calasanz sí sabe cómo lograrlo. Insiste en lo mismo en la carta 0507, y en alguna más.

Calasanz no tiene inconveniente en mandar decir una mentira al bueno del P. Juan García, que hacía de superior (sin ser aún religioso) en Frascati. En esta localidad los escolapios en los primeros años encontraron muchas dificultades para conseguir un local definitivo. Y Calasanz seguía desde Roma muy de cerca el tema. Por eso en la carta 0929 escribe al P. Juan:

*“Hasta que yo vaya, observe, sin que nadie se dé cuenta, si hay alguna casa a propósito para tener las clases durante seis meses o un año, por 50 o 60 escudos al año. Pero que no sospechen que es para nosotros, porque pedirían por ello el doble; mande decir que un Prelado amigo suyo la desea e infórmeme; que mientras se trabaja en la construcción no se pueden tener ahí bien las clases”.*

Al fin y al cabo, Jesús había alabado la astucia del administrador infiel, y había recomendado a sus discípulos ser astutos como serpientes (Mt 10,16).

Al mismo P. Juan le escribe, también en 1628 y a Frascati, la carta 0945:

*“He hablado con el P. Constantino, y hemos quedado de acuerdo en que, habiendo caducado la licencia de Roma en el mes de marzo, ya ha hecho un año, es necesario que usted venga a Roma, pues con su presencia se remediará todo. Así que, recibida la presente, véngase usted, y diga que lo he llamado con motivo de algunas cartas que ha recibido de su país. Puede decirlo de esta manera, a los de casa, y a cualquier otro con quien tenga que hablar; y que volverá tan pronto como yo lo haya solucionado”.*

Un problema frecuente era tener que cambiar un religioso de casa por algún problema sucedido, sin que sufrieran el honor del religioso o el de la casa. Y aquí también se cuela alguna mentirijilla. Calasanz escribe la carta 2216 en 1634 al P. Santiago Graziani, en Nápoles, lo siguiente:

*“He juzgado necesario cambiar al P. Carlos de Sto. Domingo, que está en nuestras Escuelas Pías de Porta Reale. Para no dar sospecha a nadie sobre este cambio, puede usted decirle que diga él en público que tiene necesidad de venir a Roma, o de ir a Florencia dentro de dos o tres días para asuntos de la Orden, con licencia obtenida de su General; a mí me parece que es excusa suficiente para no ser señalado por alguno”.*

Lo de menos es saber el motivo para cambiar al P. Carlo Casani (excelente religioso, por otra parte, y que murió siendo Provincial de Nápoles; el posible motivo para el cambio fue algún roce con el rector de la casa, P. Cherubini); lo que señalo aquí es el encubrimiento de la verdad.

Otro cambio difícil es el de un P. Juan Tomás Panello, al que tuvieron que sacar de la casa de Carmagnola. Estamos en 1639; Calasanz escribe al Provincial de Liguria, Andrés Sabino, en la carta 3026:

*“En cuanto al P. Tomás, lamento que haya puesto su honor y fama en volver a Carmagnola mediante favores de personas influyentes. Y como temo que cuanto más se remueva este asunto más se propagará su fechoría, sea verdadera o falsa, con poco honor para esa persona seglar, vea usted un poco de qué manera se podrían, como se suele decir, salvar la cabra y las coles. A quien me hace preguntas sobre su retorno a Carmagnola, le respondo que yo le he mandado ir a Savona con el propósito de hacer que venga aquí a Roma, y aquí aprovechar su talento; pero encontrándose en Savona, como faltaba el maestro de la primera clase, he ordenado que se esté allí en tanto que yo provea de otro maestro en su lugar”.*

Ocultar la verdad para salvar el honor...

Sobre el mismo P. Juan Tomás escribe la carta 3023 al P. Santiago Tocco, rector de Carmagnola:

*“En cuanto al asunto del P. Juan Tomás, aunque tenga alguna certeza o apariencia de verdad, como es materia muy odiosa entre los seglares, debería encubrirlo, y demostrar que ha salido de ahí por orden del General para que le curen la enfermedad de los ojos, lo que puede conseguir en Roma. Haga usted esto con todo interés”.*

Obviamente, no podemos juzgar unas decisiones tomadas hace cuatro siglos en unas circunstancias concretas con criterios actuales. En algunos casos revelar la verdad puede hacer más daño que disimularla. Puede ser más caritativo. a pesar de ello, nos resulta sorprendente esta manera de actuar de Calasanz, en general siempre recto y amante de la verdad.

Los maestros del “claroscuro” (Da Vinci, Caravaggio, Rembrandt, Goya...) usan las sombras para hacer resaltar más la luz y los colores. Si yo me he permitido usar el pincel para señalar algunas (pocas) sombras de Calasanz es con la intención de que sus luces sobresalgan mucho más.

## Calasanz y la belleza

Para terminar con un tono más luminoso, vayan unas referencias al interés de Calasanz por la belleza de las cosas. La estética es uno de los caminos para llegar a Dios, como diría Hans Urs von Balthasar. Uno podría pensar que Calasanz, ocupado en mil detalles de la vida práctica, o de la observancia religiosa, descuidaba este aspecto de lo bello. Pero, aunque esta no es su prioridad, no es así. Como la estética no figuraba entonces entre las manifestaciones de la santidad, quienes escribieron sobre nuestro fundador no hicieron mucho caso de este aspecto, como no lo hizo el P. Berro cuando preparó las declaraciones de los testigos de su causa. Pero algunas pistas sí podemos encontrar en sus cartas. Veamos algunos ejemplos.

Escribe en 1621 al P. Juan García, en Frascati (carta 0070):

*“En cuanto al Sr. Julio, he escrito al P. Pedro que aprenda de él a hacer la purpurina, la laca y el minio, que él sabe hacerlo, y así luego nosotros podremos hacer las imitaciones de damasco”.*

Piensa en la decoración del altar de Moricone, y escribe al rector, P. Juan Pedro Cananea, en 1623 (carta 0137):

*“He recibido las medidas del frontal, baldaquino. Procuraré que se haga cuanto antes, pero por 12 julios no se podrá comprar la tela necesaria para todas las cosas que quieren; pero yo procuraré buscarla. En cuanto al pintor Blas, que lo ha de hacer, habrá que hacerle algún obsequio, y a mi parecer, le pueden enviar una cuarta de harina, que yo le prometeré cuando le lleve la tela para que la pinte; pero prepárenla y envíenla cuanto antes”.*

Al mismo le escribe (carta 0150) sobre el modo sobrio de celebrar las fiestas:

*“Respecto a la fiesta que dice el P. Ambrosio, quiero que se haga muy sencillamente. Bastará que se declamen algunas pá-*

*ginas de versos y que reciten en casa un par de sermones breves. Y no se lleve a la Virgen Sma. en procesión sin nuevo aviso, pues en el pasado creo que fue más la insistencia del P. Octavio que el aplauso del pueblo”.*

Calasanz piensa a menudo en las estampas a repartir entre los niños, como recompensa o para fomentar su devoción:

*“He recibido los santos, pero no los que esperábamos, esto es, las estampas de este Papa. Servirán para otra ocasión y haremos imprimir estampas de la Virgen de Santa María la Mayor, que tenemos aquí la plancha o cobre tallado y salen muy bien” (carta 0013); “Se imprimen hoy algunas imágenes de la Virgen Sma., del Crucifijo y del P. Abad; se les enviarán en seguida” (carta 0182); “Será preciso imprimir estampas esta semana, pues no quedan para poderlas mandar” (carta 0184); “Se envían ocho imágenes de la Virgen Sma. de Frascati, y ocho folios de estampas pequeñitas para dar a los niños” (carta 0213); “He enviado por el recadero Constantino algunas estampas, pequeñas y medianas, al P. Juan Bta. De Sta. Tecla; dígle que dé parte al Hº Pedro” (carta 0244).*

Se interesa también por la belleza de las procesiones. En 1625, Año Santo, se iba a traer la Virgen de Frascati en peregrinación a Roma. Calasanz escribe al P. Juan García (carta 0328):

*“El P. Octavio Bovarelli vino ayer de Luca y hoy se ha presentado aquí, y desea que la Sma. Virgen sea traída con toda decencia, y me ha dicho que mañana temprano irá o mandará una litera para que se traiga con toda reverencia, y la acompañará después hasta Roma. Y dice que le pena no haber llegado más pronto a Roma para poderle hacer una bella guarnición”.*

(El P. Octavio Bovarelli era hijo de D. Francisco Bovarelli, que había regalado la imagen de la Virgen de Frascati a Calasanz; él a su vez la había recibido de la familia Altemps). Sobre la misma peregrinación escribe Calasanz al día siguiente (carta 329):

*“Le escribí ayer a V. R. sobre la venida a Roma, y espero que se hará una procesión muy completa. Entiendo que hay ahí dos oficiales muy jovencitos para llevar las mazas, los cuales creo que estarán conformes para mayor decoro de la Congregación en ser sustituidos por dos personas más respetables de*

*la misma Congregación. V. R. vea de conseguir este buen deseo de ellos, procurando que sean sustituidos por personas honorables y beneméritas para que resulten más dignas las cosas”.*

En una carta posterior al mismo P. García, Calasanz expresa su sentido estético-religioso (carta 0407):

*“He visto con gran consuelo lo que me escribe acerca de la procesión de las siete iglesias que han hecho con tanta devoción y quisiera que aprendieran con esto a hacer las cosas del servicio de Dios y de la Santísima Virgen con una santa sencillez, dejando las vanidades de los hombres que gustan más de músicas y de rarezas que de devoción”.*

Y luego le dice (carta 0437):

*“Ninguno quiere prestar sus paños para llevarlos fuera de Roma, como ha dicho el Señor D. Antonio, de parte de Monseñor Cesi. Así que adornen con ramos verdes lo que tenían que adornar con telas, que así le hicieron a Cristo cuando entró solemnemente en Jerusalén”.*

Al P. Mateo Reale, rector de Carcare, además de darle minuciosas instrucciones sobre la construcción de la iglesia, le habla sobre la decoración de la misma (carta 0766):

*“El hermano Pedro ha hecho dos frontales para el altar mayor, que deben hacer tenga doce palmos de largo y, al menos, cinco de ancho. Por eso, si no es así, ajústelo ahí. Los frontales son muy bonitos, uno blanco y otro rojo; y dos frontalitos para la mesita. Si los frontales antiguos no son de esta medida, se pueden arreglar también, porque a una Iglesia grande no le va bien que el altar mayor sea pequeño”.*

Preocupado por la belleza de esa iglesia (la primera construida expresamente para los escolapios) escribe en otras ocasiones. Así en la carta 0842 dice al mismo P. Mateo:

*“El hermano Pedro ha hecho otros frontales de varios colores muy bonitos. Y si de ahí nos mandan la medida de los otros frontales antiguos que tienen, diciendo cuánto les falta para la largura del altar, procurarán hacerles un friso por las dos partes, y pueden servir para los altares, que tendrán 12 palmos.*

*Como el frontal viejo tendrá ocho o nueve palmos de largo, aquí le harán, según el color que tenga, un friso por cada parte, de un palmo y medio, o lo que haga falta, para llegar a los 12 palmos”.*

Y en la carta 0861, le escribe:

*“En cuanto a los frontales, ya están terminados, y a su tiempo se enviarán. Tenemos aún en casa el sagrario, muy bonito; pero hay que pintarlo del color de diversas piedras mezcladas, y quedará muy bien”.*

En la carta 0976 le dice:

*“El Hermano Lucio se retrasa, con el fin de poder llevar consigo en barca el sagrario, que gustará a todos. Llevará también dos ángeles en madera, muy bien pintados, para el altar; además, seis lámparas, y quizá un cáliz muy hermoso y de mucho valor, para cuando pase algún Prelado y diga la misa. Irá un dosel de damasco imitado, muy bello y de unas 50 cañas de esos damascos imitados, que bastarán para adornar la capilla principal. La Señora Francisca enviará también algún roquete, algunas albas, algunas cortinas para el sagrario y otras finuras. Si ella pudiera actuar a su gusto, lograría que esa iglesia estuviera muy bien arreglada”.*

Finalmente, en la carta 1278, al mismo, le escribe:

*“En cuanto al altar mayor, colocado contra el muro, a mí me parece que estaría mejor hacia el medio de la Capilla, de forma que la puerta de la sacristía esté dentro del coro, aunque se puede poner un poco más hacia la pared, donde ahora está el altar. Y lo mismo la otra puerta para pasar de la casa al presbiterio, aunque hagan un pequeño corredor cubierto, para ir de la casa a dicha puerta; el altar estaría en el medio, y se harían dos puertecitas para salir del coro a la iglesia, y así estaría mucho mejor, sin comparación”.*

Se trata de unos simples ejemplos para mostrar el interés de Calasanz por la belleza, siempre de acuerdo con la pobreza que él había abrazado y quería que abrazaran todos los escolapios. Nada que ver con el lujo barroco que le rodeaba en la Roma de su tiempo, en el que la exuberancia y la riqueza no eran necesariamente caminos que condujeran a Dios.



## **A modo de conclusión**

Quien lea con atención las cartas (y otros documentos) de Calasanz, así como sus muchas biografías, antiguas y modernas, podrá descubrir muchas más facetas de nuestro Santo Fundador. Yo solo he querido notar algunos aspectos suyos que me han llamado la atención al tratarlo con cierta “intimidad” literaria. He querido mostrar que en su persona aparecen facetas no opuestas, sino complementarias. Cuando los hijos hablan de sus padres, lo normal es que cada uno se haya formado una imagen propia de él, que sin oponerse a las de sus hermanos, la completa. Me llamó la atención, siendo yo junior, la frase de un ilustre escolapio y muy buen conocedor del Fundador, el P. Salvador López, que en gloria esté. Nos dijo en Salamanca que “no conocemos a Calasanz”. Y eso cuando acababa de escribir un libro sobre él... Y tenía razón, porque a Calasanz nunca lo conoceremos del todo. Pero, eso sí, podemos llegar a conocerlo un poco mejor, si lo intentamos. En ello se juega nuestra identidad escolapia, y nuestra fidelidad al fundador de las Escuelas Pías, para mejor servir al mundo y a la Iglesia de Dios.





